

- **El Reflejo del Siluro**

- **Jose Pazo**

I

Siempre le había gustado que le llamaran Andrew, aunque su nombre era Andrés, Andrés Jiménez Blanco. También le complacía su apellido, sobre todo la segunda parte, Blanco, quizás porque su pelo era como el azabache. Tan solo una vez, de muy joven, se había confesado a sí mismo que no le gustaba su morenez, frente al espejo, en forma de pensamiento que se apresuró a relegar a un aparente olvido, pero que cimentó gran parte de su timidez. Tenía el pelo negro, cualquier pelo del cuerpo, y nada le habría gustado más que que hubiera tenido otro tono, más claro, más acorde con su piel y con su apellido. Sin embargo hoy, cuando el inspector le dijo entre las cenizas aún humeantes, "Are you Andrew Blanco?", con ese acento tan marcado, habría deseado poder decir que no, que no era él, que se habían equivocado y que todo era un error. Porque en el fondo eso es lo que era.

II

Andrés la había conocido en Glasgow, mientras se especializaba en la reproducción de los siluros. Lynn era la ayudante del doctor Connely, el profesor que le codirigía su tesis, y los dos se habían visto forzados a un contacto que, si bien al principio parecía incomodar a ambos, acabó siendo el centro de su vida en Escocia. Acostumbrado, como estaba, a un tipo de mujer oscura y meridional, siempre proclive a accesos emocionales inesperados ---al menos así

lo sentía él---, esa mujer rubia, con los ojos azules, la piel de una transparencia en la que se mezclaban el rosa y el azul celeste, y un tono de voz que parecía la cadencia saltarina de un río tras el deshielo, le transportó a un espacio de paz nuevo para él. Tras un sábado en el que hicieron un picnic junto al río, Andrés comenzó a pensar que estaba enamorado de Lynn.

Nunca antes había estado enamorado. Solo había tenido una fijación con una tía suya, tía Carmen, cuando tenía trece años, un año antes de que sus padres murieran en un accidente de tráfico, cerca de Valencia. Tras su muerte, no se sintió especialmente conmocionado, e incluso albergó la esperanza de que sus abuelos lo mandaran a vivir con su tía. Sin embargo, a la que mandaron con tía Carmen fue a su hermana Mercedes, mientras que a él lo ingresaron en un internado en las afueras de Barcelona, con el pretexto de que sería mucho mejor para su educación.

Los años del internado fueron un tiempo poco claro, del que lo único que recordaba de forma determinante era el gusto que había desarrollado por la biología en general y por los peces en particular. De los peces le gustaba el sistema nervioso pero, sobre todo, la forma de reproducción. Le asombraba que dejaran los huevos sueltos en el agua, o adheridos a una roca o una planta, y que luego fuera el pez macho quien los fecundara mediante una acción externa. Quizás porque las chicas de su edad no le interesaban demasiado, o porque el sexo le parecía algo lejano e intimidatorio, o incluso por una combinación de las dos cosas, esa forma de reproducción le parecía más perfecta, más serena, como si de alguna forma él mismo compartiera ese mundo asordinado en el que vivían los peces.

Después de terminar los estudios de bachillerato y de haber

efectuado con éxito el examen de entrada en la universidad, Andrés se trasladó a Madrid, donde pasó cinco años sumido en el mundo acuático de su aislamiento, tan sólo roto por su afición al ajedrez y las conversaciones con Masami.

La afición al ajedrez le vino como algo natural. No recordaba cuándo había aprendido a jugar. Sin embargo, en Madrid, en las horas muertas del colegio mayor, comenzó a leer los problemas de los periódicos, y pronto pasó a enfrentarse con otros estudiantes en la sala de estar, junto a la entrada. Tras batirlos a todos, se apuntó al club del colegio, y los sábados pasaron a estar ocupados por unas visitas al extrarradio, a locales pobres y pequeños, donde pasaba horas enfrascado en luchas mentales que solía ganar.

Lo que más le gustaba del ajedrez era el silencio que lo envolvía, esa cualidad a la que tanto aspiraba y que era también una parte importante de su relación con Masami.

Masami era hijo de una japonesa y un español. Físicamente, era mucho más oriental que europeo, y quizás eso junto con una gran timidez lo llevaba a mantener cierto alejamiento con su entorno, lo que enseguida lo acercó a Andrés. Los dos solían pasar horas juntos, pero muchas de esas horas las pasaban absortos en sus lecturas, sin que mediara la mínima sensación de azoramiento o malestar. Los dos eran bien conscientes de ello, y a los dos les parecía que era una muestra de su madurez, de su superioridad sobre el resto de sus compañeros.

Este sentimiento, aunque secreto y nunca compartido, los resarcía de su inferioridad cuando llegaba el momento de relacionarse con el otro sexo. Andrés lo resolvía con una indiferencia completa. Masami,

por el contrario, se mostraba bastante locuaz sobre el tema ---teniendo en cuenta sobre todo su habitual reserva--- , y mantenía siempre en sus palabras un tono de seguridad que se contradecía a todas luces con los hechos.

Masami insistía en la perversidad de la mujer, en una perversidad no degradante, pero sí encaminada a intentar burlarse de los hombres, sobre todos si éstos eran inteligentes. No es que Masami negara la inteligencia en la mujer, sino que defendía que esta inteligencia estaba siempre al servicio de intrigas sexuales o relacionadas con el apareamiento de una forma más o menos social.

Ante estas opiniones, Andrés callaba o asentía con una sonrisa, pero ni las rebatía ni se mostraba partidario de ellas. En el fondo sospechaba que no era así, que el amor auténtico existía por debajo de su propio mundo racional, y que algún día el propio Masami lo descubriría. Igual que lo haría él mismo.

Lo cierto es que la carrera transcurrió sin que así ocurriera. Tras ese tiempo, Masami pidió una beca para irse a Hiroshima, a estudiar el cultivo de algas en aguas regeneradas, y Andrés obtuvo una beca para continuar estudiando la reproducción de los siluros en la universidad de Dundee, en Escocia.

Desde el principio, se sintió a gusto en Escocia. Le gustaron las interminables noches, la tranquilidad de las calles, el verdor unido a los cielos grises, el aguanieve interminable del invierno y, sobre todo, el colorido de los escoceses, esa mezcla de blanco, oro y azul pálido que hacía que parecieran que habían sido purificados en una bañera de lejía.

Aunque no solo contaban esos factores; de la universidad, le impresionó la biblioteca y, sobre todo, el laboratorio de ictiología, con sus inmensos tanques iluminados desde atrás. Le gustaba pasar los días hasta que anochecía en el laboratorio, rodeado del movimiento mudo de los peces en sus acuarios, sintiendo sus ojos posarse en él. Le parecía que eran sus compañeros, o sus discípulos, seres con los que podía comunicarse desde el silencio y la soledad.

Durante dos años, estudió la reproducción de los siluros. El interés en estos peces venía de un fascinante descubrimiento que el doctor Connely había hecho en Escocia. Un día, pescando en el lago Earn, había atrapado un siluro. No era un ejemplar demasiado grande, pero era un siluro auténtico. Y lo extraordinario del hallazgo descansaba en que era el primer siluro que nunca se había visto en estado natural no solo en Escocia, sino en todas las islas británicas. El siluro, el *siluris glanis* de Lineo, era un pez originario de oriente y del Este de Europa. Se sabía que, en los años sesenta, habían aparecido ejemplares en los lagos italianos de Lugano, Garda y Maggiore, y en algunos ríos de la península itálica, pero nunca en otros países más septentrionales. La razón era que, para reproducirse, los siluros necesitaban una temperatura del agua de al menos 20 grados centígrados, una temperatura que nunca se alcanzaba en las aguas dulces escocesas.

En Italia, la aparición de los siluros se había visto como una nueva plaga oriental. No solo esquilamaban los lagos de otros peces gracias a su voracidad, sino que, con sus dos filas de dientes y su gran tamaño ---se habían pescado ejemplares de más de tres metros---, el siluro enseguida se ganó fama de asesino de pescadores incautos o bañistas desprevenidos. Esta última actividad había sido

desmentida por gran parte de los ictiólogos del país transalpino, pero había bastado para dotar al siluro de un aura fatal en el imaginario colectivo.

Andrés había llegado a Dundee para estudiar la reproducción de los barbos. Allí, se fascinó con las luchas previas al apareamiento, y las interpretó como representaciones psicológicas de toma de puestos jerárquicos. Sus observaciones gustaron a Connely. Mediante ellas, era fácil determinar los rasgos que el grupo favorecía, ya que el barbo perdedor, de alguna forma, acataba la derrota en aras de un desarrollo del grupo en la dirección genética del ganador. Las luchas en los tanques transmitían a Andrés un entusiasmo que, a su vez, él traspasaba a Connely.

Pero, sobre todo, a Andrés le fascinaban las peleas que se desencadenaban entre los machos después de que las hembras hubieran puesto los huevos. La forma en la que cada macho intentaba fecundar el mayor número de huevos posibles, o su voracidad hacia los huevos fecundados por otros machos le parecían acciones casi místicas, desinteresadas, pues siempre se producían en el mejor interés del grupo, en su paulatina mejor adaptación posible a las circunstancias..

Hasta ahora, nadie había estudiado el comportamiento de los barbos en época de reproducción de esa manera, y la minuciosidad y las posibles conclusiones de las observaciones de Andrés le parecieron a Connely muy sugerentes. A ello, vino a unirse el descubrimiento del siluro. Si había siluros en el Earn era porque se podían reproducir, y Connely quería estudiar cómo se producía ésta. Además, quería hacerlo eliminando el factor de la cautividad, haciéndolo en un estado de libertad o de semilibertad. Había pruebas de que la

cautividad alteraba los hábitos reproductivos de los mamíferos, y si las conclusiones de Andrés se basaban solo en los siluros del laboratorio, era fácil que otros investigadores las desecharan por esta causa. Por ello, poco después de que Andrés volviera a Madrid, el doctor Connelly le escribió para ofrecerle una plaza de profesor asociado en el su departamento, con la misión especial de dedicarse al intento de desarrollo de unas piscifactorias de siluros en el río Earn, a algunas millas de la universidad. Cuando Andrés recibió la oferta, sintió que las cosas caían en su sitio. La universidad que lo había acogido, la ciudad que le había ofrecido una novia, le ponía en bandeja ahora la posibilidad de crearse un futuro, de sentar las raíces de un sólido edificio. Nada más leer la carta, llamó a Lynn. Pero incluso antes de hacerlo, sabía que su respuesta iba a ser un rotundo sí.

III

Decidieron casarse en Madrid. Fue algo paradójico, ya que la familia de Lynn vivía en Cornualles, y lo tradicional también en Inglaterra era que la boda se efectuara en la ciudad de la novia. Sin embargo, en su decisión pesó el hecho de que se fueran a vivir a Escocia. A Andrés, teniendo esto en cuenta, le pareció lo más normal del mundo proponer una boda en España, y eligió Madrid sin pensárselo mucho. Al fin y al cabo, su única familia cercana, su hermana Mercedes, vivía cerca de Madrid, en el Escorial, y sus amigos de la universidad todavía estaban allí.

Tras una breve conversación telefónica, se pusieron de acuerdo en casarse por lo civil, ya que ninguno de los dos era muy creyente. Andrés, antes de que Lynn llegara, preparó todo concienzudamente. La primera noche, la pasarían en el mismo hotel, pero en habitaciones

diferentes. Al día siguiente, tendrían la ceremonia ante el juez a las dos de la tarde. Volverían al hotel por su cuenta, para comer solos y cambiarse, y a las ocho darían una cena allí mismo, a la que habían invitado a sus amigos y a algunos familiares. Por la parte de ella no venía nadie, ya que sus parientes habían rechazado la invitación al poco de recibirla, alegando razones económicas. Esta circunstancia parecía no afectar a Lynn en absoluto, lo que extrañaba ligeramente a Andrés, aunque también le provocaba una sensación de liberación que le gustaba. Además, como su situación económica no era todavía la mejor, no se sintió culpable de no ofrecer el pago de los gastos del viaje cuando menos a los padres de Lynn.

Al día siguiente, tras pasar la noche juntos, partirían al aeropuerto de Barajas, desde donde saldrían para Dundee. Allí les esperaba la casa que la universidad les había alquilado: un caserón un tanto destartado pero de moderna construcción diez kilómetros hacia el Oeste por la costa, por el camino hacia Arbroath. Aislado y solitario, pero con un alquiler increíblemente bajo, Andrés esperaba tener el espacio suficiente para montar sus propios acuarios en la casa, y poder hacer algunas observaciones sin tener que ir a la universidad.

Tal y como estaba previsto, Lynn llegó de Inglaterra el día anterior a la boda. Lo primero que le chocó a Andrés, fue la blancura de su piel bajo la luz despiadada de Madrid. En Escocia, su color tenía algo atractivo, sugerente, una naturaleza nacarina que cuadraba perfectamente con los cielos pálidos y con los verdes circundantes. En Madrid, sin embargo, la luz, menos difusa, llenaba a Lynn de bruscos contrastes y, a la vez, taladraba su piel sacando todos los azules y verdes que se escondían bajo su epidermis. Cuando la vió

aparecer por la puerta del aeropuerto y avanzó hacia él, pensó que, sin duda alguna, tenía una naturaleza ictínea, una existencia sinuosa y acuática que tan bien conocía y que tanto le atraía.

Quizás, pensó mientras andaba a su lado, su ropa, delicada y de tonos pasteles, en las antípodas de los colores fuertes que llevaban las mujeres en España, acentuaban esa sensación de blancura irreal. A todo ello se unió el súbito recordatorio de que Lynn no sabía ni una palabra de español. Todo ello hizo que, por primera vez, la viera como una extraña, como un ser ajeno a él. Sin embargo, él mismo luchó contra esa sensación, relegándola fácilmente al olvido, sobre todo al recordar que Lynn no había llegado sola, sino que había salido de la zona de recogida de equipajes junto a un hombre joven, rubio, bastante más alto y musculoso que él, y aparentemente inglés.

Andrés vio cómo salían juntos, hablando y sonriendo, y cómo se despedían de forma muy cordial, dándose la mano.

--- ¿Quién era?--- le preguntó él nada más saludarse con un beso.

--- Nadie... Estaba sentado junto a mi asiento.

--- Al verlo, pensé que a lo mejor era algún familiar tuyo.

--- No, no...

No hablaron más sobre el asunto, pero Andrés siempre recordó ese momento como la primera vez que conoció los celos en su vida, un inesperado y desagradable conocimiento.

Hasta ese día, los celos no habían sido más que una palabra conocida pero, en el fondo extraña. Ahora, lo que más le sorprendió fue el carácter intempestivo del sentimiento. Le había llegado sin llamar a la puerta antes, sin ningún tipo de aviso o misiva, y le había atacado de frente, sin distracciones o aproximaciones oblicuas. Además, se había unido de forma extraña con la sensación de alejamiento que le había provocado su color. Por un segundo, fue consciente de que la amaba y al mismo tiempo la odiaba, pero tan solo por un segundo o quizás menos.

En el camino a Madrid, se dieron la mano todo el tiempo en el taxi, y el tacto suave de su piel, así como la relativa intimidad del coche, sirvieron para retrotraerlo a sus sentimientos anteriores, a su estado de ánimo original, a su propio ser. Cuando bajaron del taxi frente al hotel, pensó que todo ese cóctel de sensaciones se debía seguramente al calor reinante.

Esa tarde, quedaron con su hermana Mercedes en una cafetería del centro para que se conociesen antes de la boda. El encuentro era algo embarazoso para ambas, ya que ni Mercedes sabía inglés ni Lynn español, y algo incómodo para él ya que tenía que traducir todo intentado de la forma más correcta posible. Y Andrés sabía bien inglés, pero sin que su soltura, relativa, estuviera libre de una sensación de incomodidad que le costaba ocultar.

Lo peor de todo, sin embargo, fue que desde el principio notó que a Mercedes no le caía Lynn nada bien. Era una sensación subyacente, que en ningún momento su hermana verbalizó, pero que llegaba a impregnar hasta su mirada. Andrés vio que Mercedes, cuando Lynn no la miraba, posaba sus ojos en ella con una mueca de ligero asco, como si estuviera viendo a un ser algo repugnante. A pesar de ello,

la reunión transcurrió por cauces normales. Excepto en un momento en el que Lynn se fue al cuarto de baño y Andrés, sin poder reprimirlo, se dirigió a Lynn directamente, sin inquirir por una opinión general.

--- ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que te molesta de Lynn?

--- Nada...

--- Vamos, Mercedes, a mí no me engañas.

--- Es que...

--- Es que qué.

Andrés esperó con impaciencia.

--- Es que... Es que no lleva sujetador.

La carcajada de Andrés hizo que otros clientes se volvieran hacia ellos.

--- Pero Mercedes, es inglesa... Además, muchas españolas no llevan tampoco.

--- Ya, pero...

En ese momento llegó Lynn y ya no volvieron a hablar del asunto. Mientras volvía al hotel con Lynn, Andrés pensó en el incidente. Era absurdo que Mercedes juzgara moralmente a su futura esposa por el hecho de que no llevara sujetador. Había algo incongruente en su explicación, no solo por los tiempos y las costumbres que corrían en

Madrid desde hacía muchos años, sino por el hecho de que sirviera para despertar en ella un sentimiento tan grande de condena y repugnancia que hasta era visible en su cara. Lo más extraño de todo era que, de alguna forma, Andrés comprendía el sentimiento de su hermana, no le parecía tan fuera de sitio ya que, en el fondo, compartía algo de él.

Y esto lo pensó cuando, tras pagar al taxista, pudo ver de refilón el pecho izquierdo de Lynn desde su arranque hasta el nacimiento del pezón a través de la abertura lateral de su camisa blanca sin mangas.

IV

La boda, al día siguiente, estuvo envuelta en el gris del cielo. Contrariamente a lo que había imaginado, en vez de preferirlo al sol del día anterior, el gris volvió las calles tristes y melancólicas, algo que le desagradó para el día de su boda. Mientras iban juntos al juzgado, le pareció además que había poca gente en la calle, que estaban algo desiertas. Le habría gustado más tener un día soleado y ver más actividad. Le daba la impresión de que la gente se había retirado el día de su boda, lo que conllevaba un sensación de abandono que no le gustaba nada.

A ello, se unió el que tuvieran que esperar en el juzgado. Al parecer, las bodas iban con un retraso acumulado, y coincidieron en el hall con otra pareja y sus familias lo que hizo inevitable la comparación. Frente al bullicio y la naturalidad de los integrantes de la otra boda, los pocos amigos suyos que habían ido parecían medio inexistentes, y hacían que todos parecieran invitados, o más bien espectadores, de la otra boda.

Lynn iba vestida con un traje de chaqueta azul celeste, que al menos pegaba con el gris del cielo, aunque no con el de las calles ---más sucio---, pero en su afán por maquillarse se había excedido con la sombra azul alrededor de los ojos y con el lápiz de labios de un rosa intenso, más propio de una niña que de una mujer ---que habría preferido el rojo---. A pesar de todo, estaba guapa, y Andrés no pudo, antes de pasar a la sala, proyectarse junto con ella en el futuro, y pensar que tendrían unos hijos excepcionales.

Esta imagen se acentuó cuando pasaron a la sala y, al caminar tras Lynn, pudo ver sus caderas y su trasero embutido en la falda. Por detrás, Lynn tenía algo caballuno que le atraía de forma intensa. Las había visto ya, no era la primera vez, pero sus caderas estaban más asociadas a su tacto que a su vista, y el verlas ahora así le excitaron e hicieron que cuando dijo el "sí, quiero", lo hiciera con intensidad y dominio, anticipando un futuro prometedor.

Masami sonrió al felicitarlo, directamente venido de Osaka para la ceremonia, y los otros compañeros rieron y le dieron palmadas. Hasta tía Carmen lo abrazó con un entusiasmo que a él le pareció un poco excesivo. Tan solo Mercedes se mantuvo fría y algo distante, aunque los besó a los dos, y a él le dió un apretón en la mano a escondidas, sin que lo viera nadie. Andrés sintió algo tierno en ese gesto. Sin casi pensarlo, le vino a cabeza algo que sabía: Lynn sí llevaba hoy sujetador, y era un sujetador blanco. Al hacerlo, sonrió para sí mismo.

De vuelta, ya en el hotel, sin los demás, Andrés la levantó en brazos para entrar en la habitación. Casi no podía con ella, y los dos cayeron en la cama envueltos en una nube de risas. Andrés comenzó a besarla. Lynn respondió con un ansia desconocida para él,

y tras unos minutos de abrazos y besos intensos se separó de él y se puso en pie junto a la cama, manteniendo la mirada en sus ojos todo el tiempo. Así, siempre frente a él, comenzó a desnudarse lentamente. Fue tirando una a una las prendas junto a Andrés. Primero la chaqueta; después, la camisa blanca, que dejó a la vista un sujetador blanco con bordados; tras ello, la falda que tiró sobre la cabeza de Andrés. Andrés se la quitó con un manotazo, y pudo ver sus bragas blancas bajo un liguero rojo intenso que sujetaba las medias también blancas. Seguía con los zapatos de tacón puestos, y Andrés, que estaba en plena excitación, sintió algo extraño dentro de él. Era como si las acciones de Lynn fueran demasiado para él, como si hubiera sobrepasado, por poco, la fina línea del mal gusto. Por supuesto que le había excitado, pero quizás más que ese despliegue de seducción habría preferido una caricia, algo menos amenazador, pues así era como se sentía.

En ese momento, sonó el teléfono. Andrés se apresuró a cogerlo. Era Masami, que salía esa misma tarde para París, ya que había combinado el viaje por su boda con una visita a la Sorbona. Le dijo que quería despedirse de él antes de partir. Andrés se excusó con Lynn dándole un beso frío en los labios, y salió de la habitación con cierta sensación de alivio, mezclada sin embargo con la resaca de la excitación. Muchas veces después se acordó de ese momento, y agradeció en su fuero interno la llamada de Masami.

De alguna forma, alargó el tiempo con Masami para que el que restaba tuviera que usarlo en prepararse para la cena. Cuando subió de nuevo a la habitación, Lynn estaba en la cama, vestida tal y como la había dejado pero sin los zapatos. Al entrar, la vió de espaldas, y se acercó y le besó en el cuello.

--- Esta noche, mi amor...

Lynn no dijo nada. Tan solo se volvió y sonrió, y Andrés pensó en lo afortunado que era por tener una mujer así, tan guapa, tan atractiva, tan sensual, por debajo de su aparente frialdad británica. Sintió que debía agarrarle la cara y darle un beso intenso. Pero en vez de eso, se limitó a pasarle la yema del dedo corazón por el contorno de la cadera, como quien toca algo con temor a que esté demasiado caliente. Después, se levantó y se dirigió hacia la ducha.

V

Durante la cena, Lynn estuvo más sonriente que nunca, aunque casi no habló con nadie. Aunque algunos amigos suyos practicaron su inglés por unos minutos, al final todo quedó para él, para Andrés. Andrés intentó dedicarle la mayor atención posible, y así lo hizo, pero no pudo evitar la sensación de estar partido y dividido en dos. Se daba cuenta de que Lynn pertenecía a otro mundo y que nunca podría entrar en el suyo. Sin embargo, era él el que quería entrar en el de ella, y sabía que lo podía hacer, que estaba dotado para ello, casi desde el momento en el que nació.

Durante la cena, le gustó observar a su tía Carmen. Había sido su primer amor, alguien por quien había perdido los vientos en la soledad de su cuarto, y ahora le gustaba observarla y compararla con Lynn, la mujer que él había elegido para vivir su vida. Tía Carmen parecía bajo esta luz una mujer ya ajada, con los pechos caídos y la cintura ancha, y Andrés sentía un orgullo interno al constatar que Lynn era mucho mejor como mujer. Mucho más joven, con una piel mucho más delicada, con unas formas mucho más sensuales y femeninas, con

una forma de ser más discreta y cuidada. Desde su momento actual, le extrañaba incluso la pasión que había sentido por su tía, le parecía algo remoto e inexplicable, porque él no era ya el mismo que había sido. Esta idea le gustaba. Ahora era un hombre con control de sí mismo, de su futuro y de sus acciones. Había hecho una elección consciente de sus consecuencias, y no le quedaba más que vivir ese futuro construyéndolo él mismo.

Hacía tiempo que no bebía, y aprovechó la ocasión para resarcirse. El alcohol le dió un punto de vista privilegiado para mirarse a sí mismo y mirar a los otros: su hermana, tan enigmática siempre, tan seria; su tía, tan parlanchina y coqueta a pesar de su edad; sus amigos, tan superficiales dentro de su corrección, tan ajenos a los compromisos serios de la vida. Y la sombra de Masami, tan lleno de silencios y de sonrisas. Y, sobre todos ellos, la mirada de agua y miel de Lynn, y su propia barba negra, tan tupida, con los dientes blancos en medio creando su sonrisa.

Del blanco y del negro pasó a sus recuerdos del ajedrez. La vida, le parecía, era una gran partida. Él había movido ficha, y la vida había movido las suyas a su alrededor, y el resultado era ese momento, con amigos y familiares reunidos, con una salida, un desarrollo, y un camino que seguir. Sus fichas quizás eran más escasas que las de otros, su familia exigua, sus amigos pocos, pero tan solo dieciseis fichas bastaban para siglos de combinaciones sin fin. Y su propia partida iba a ser tan apasionante como la que más, como la más bella partida de Capablanca contra Alekhin. Lo sabía porque había comenzado antes y de forma diferente a los demás, con una conciencia de la belleza de lo que podía hacer que estaba seguro que sus amigos, salvo Masami, no compartían.

Pensando en el ajedrez, se dió cuenta de que la cabeza se le iba y de que todo comenzaba a dar vueltas a su alrededor. Poco antes, había comenzado a acariciar el muslo de Lynn por debajo de la mesa, y ella le había respondido con gusto y de manera juguetona. Sabía que, cuando se acabara la cena, le esperaba una noche de pasión, de ciego abandono, y ahora le daba igual el color o la forma de su liguero. La mezcla de rojo y blanco le recordaba a un tablero de ajedrez, un tablero en el que quería poner sus piezas. Lo malo era que, cuanto más lo deseaba, más vueltas parecía dar la habitación a su alrededor.

Durante un rato, con la noción del tiempo ya perdida, deseó que todos se fueran y que los dejaran solos. Cuando llegaron los postres, alguien comenzó a gritar "¡que se besen, que se besen!", y con problemas para mantenerse vertical, se incorporo junto a Lynn y la besó sin cerrar los ojos, ya que en ese momento se dió cuenta de que no podía cerrarlos, de que no quería cerrarlos pasara lo que pasara.

Volvió a sentarse y los postres se le hicieron interminables, pero al fin alguien se levantó y se acercó para despedirse, y entonces comenzó un desfile de manos, caras, carrillos que parecían abalanzarse sobre él, de risas excesivas y de palabras inconclusas. De ahí, sin saber bien cómo, pasó al ascensor donde se vio junto a Lynn en el espejo, y luego al cuarto sin que existiera el pasillo que siempre había estado allí.

Nada más cerrar la puerta, a pesar de la borrachera, fue consciente que no lo iba a poder hacer esa noche. Sin embargo, sintió un orgullo interno, una sensación de control que venía del simple hecho de que tenía allí a una mujer magnífica, una rubia imponente de

caderas caballunas a la que no se iba a follar por el simple hecho de que estaba demasiado borracho, habiendo bebido él mismo, por decisión personal y social suya, pero que ella estaba allí, solo para él.

Le pareció que la luz en el cuarto estaba apagada, que él y ella estaban envueltos en las sombras, y al día siguiente recordó que había llegado al baño y que había vomitado en el retrete un vómito ácido que se le metió por las narices en su camino ascendente. Luego recordaba la mano de Lynn sobre su frente, su ropa interior sobre una butaca, y las sombras allí en la pared, toda la noche, persiguiéndole y diciéndole algo que él era incapaz de comprender.

VI

Andrés se recostó en el asiento y estiró las piernas. Las turbinas zumbaban en la parte trasera del avión, y cuando, tras el giro a la izquierda, el avión retomó la horizontalidad lateral, sintió un alivio dentro de su cabeza, en lo más profundo de su resaca.

Nada más entrar en el avión, se había hecho con una almohada y una manta y ahora, al apagarse la luz que indicaba la obligatoriedad de los cinturones, reclinó el asiento todo lo que pudo. Les habían dado unos buenos asientos, junto a una salida de emergencia y justo después de uno de los centros en los que las azafatas manipulan la comida y las bebidas, y disponía de más espacio delante para estirar las piernas. Por las ventanillas, se podía ver todavía el sol de la tarde sobre las nubes, pero pronto anochecería y la oscuridad los envolvería. Lo deseaba, deseaba dormir todo lo que pudiera, y hubiera deseado que el vuelo fuera aún más largo para tener más tiempo para dormir.

Sin embargo, aunque lo deseaba, no podía. Con los ojos cerrados y la cara ladeada hacia Lynn, recordaba flashes del día. Se había despertado con un tremendo dolor de cabeza, y nada más hacerlo había visto que Lynn no estaba a su lado. Al cabo de un rato, entró por la puerta y le dijo que venía de desayunar. Cuando se sentó en la cama para darle un beso, Andrés vió a través del agujero del brazo de su camisa sin mangas que no llevaba sostén, y que el pecho derecho colgaba y vibraba de forma suave, como una bolsa de aceite dentro de una pecera de agua.

También recordaba sus sensaciones de vergüenza y orgullo. Vergüenza por haber pasado así la primera noche, y orgullo por tener una mujer tan guapa a su lado, por estar con alguien tan atractivo, con esos pechos, con esa piel, y con esa capacidad de comprensión. Sabía que Lynn era una mujer inteligente y reflexiva, pero le había admirado la naturalidad con la que había sobrellevado una boda en el extranjero, en un país del que no conocía la lengua. Al pensarlo ahora, se daba cuenta de que su mezcla de sensaciones había sido producto de la tensión. Ante ellos se abría ahora toda una vida, un nuevo país con el trabajo que siempre había deseado, con la compañera ideal, capaz de ser no solo su mujer sino su compañera intelectual también, capaz de seguirle en su desarrollo personal. Esto era algo que no habían hablado, si ella seguiría adelante con su tesis doctoral y su colaboración con el departamento, pero estaba seguro de que así sería, al menos hasta que tuvieran hijos. La especialidad de Lynn era algo diferente, ya que se centraba en el desarrollo del sistema nervioso de los siluros, pero las concomitancias hacían más sugerente el futuro de su relación. Lo que no quería Andrés era una competencia entre los dos, pero estaba seguro que, en cuanto Lynn tuviera hijos su carrera se ralentizaría,

lo que además le daría la posibilidad de ayudarla a ella, situación siempre agradable pues, aunque no se lo dijera abiertamente, le ponía en un nivel superior de control. Una situación natural que llegaría por sí sola.

A pesar de la lucidez de su pensamiento, junto con la resaca, permanecía en su cabeza la huella de los celos que había pasado dos días antes. No solo su eco no se había apagado, sino que se había reavivado mientras esperaban el avión cuando creyó ver al hombre joven y rubio que tan cordialmente había descubierto hablando con Lynn el día de su llegada. Estaba en la otra punta de la sala de espera, y lo descubrió siguiendo la mirada de Lynn en un momento en el que ella no se sabía observada. Nada más verlo, a Andrés le dió un vuelco el corazón, y sintió que comenzaba a palpar con una velocidad inusitada. Sin poder evitarlo y sin decir nada a Lynn, se levantó y caminó hacia él para observarlo de cerca, para ver si era realmente el mismo hombre o se trataba de otra persona. Al verlo de cerca, se tranquilizó. Era rubio, en efecto, pero este hombre era claramente más alto y desgarbado, además de tener el pelo más largo. A pesar de ello, cuando se formó la cola para embarcar, hizo todo lo posible para ponerse junto al hombre y ver la reacción de Lynn. Cuando estuvieron cerca, los dos ---Lynn y el extraño--- se miraron como si no se vieran y no se dijeron absolutamente nada ni hicieron gesto o ademán de conocerse. Esto le tranquilizó. Si en realidad fuera el mismo hombre, sería absurdo que no se saludaran, pensó, ya que Lynn sabía que los había visto llegar juntos y esto no haría más levantar las sospechas de Andrés. No, no era posible. En realidad no se conocían y él estaba todavía bajo los efectos de los celos de la llegada, y por eso veía fantasmas donde no los había.

Mientras recordaba esto sentado en la butaca del avión con su mujer

a su lado, entreabría los ojos de vez en cuando, sin que Lynn se diera cuenta, para observarla. Le parecía increíble lo guapa que era, y cada vez se sentía más orgulloso de estar con ella. Se daba cuenta de que no hablaba de sus sentimientos, de esos sentimientos con ella, pero pensaba que lo haría en el futuro, que ella le enseñaría a ser más abierto, más comunicativo, más humano. Sabía que iba a ser así.

A pesar de tener casi todo el tiempo los ojos cerrados, sintió a las azafatas pasando con los carritos de las comidas y las bebidas a su lado. De vez en cuando le golpeaban el brazo izquierdo, pero no le importaba mucho. Después de un rato, por las ventanillas solo se vio la oscuridad de la noche. Dentro de la cabina, las luces iluminaban tenuemente las cabezas de los viajeros. A su derecha, Lynn leía una revista de actualidad. Al fondo, las turbinas seguían zumbando. Todo tenía un aire sereno y tranquilo, una cualidad hogareña.

En uno de esos momentos, notó que Lynn se incorporó para mirar hacia atrás. Por inercia, siguió haciéndose el dormido, pero con los ojos entornados vio cómo giraba la cabeza y miraba hacia atrás, hacia los baños. Luego, sin decirle nada y sin querer molestarlo, pasó sobre sus piernas apoyándose en el cabecero de su asiento. A pesar de la sacudida, siguió haciéndose el dormido. Había algo candoroso en su esfuerzo por no despertarlo, algo que le conmovió. Con los ojos entornados, vio sus piernas y sus caderas, y luego giró hacia atrás. Cuando ella ya no podía verlo, giró la cabeza a la izquierda, pero la perdió enseguida. Entonces se dió cuenta de que podía seguirla en el reflejo de una de las puertas entornadas del centro que las azafatas tenían delante de ellos.

El reflejo era dorado, por la luz del pasillo, y pudo ver las

piernas de Lynn bajo la falda blanca hasta la puerta del baño. Vio cómo Lynn la empujaba y desaparecía tras ella. Al verlo, sonrió para sí mismo, mientras seguía haciéndose el dormido. Pero entonces sucedió algo extraño, algo que no iba a olvidar en mucho tiempo. En el reflejo, apareció la figura del hombre rubio y caminó hacia el baño. Allí, esperó unos segundos, mirando hacia delante. Luego, de forma natural, empujó la puerta que se plegó sin resistencia y entró dentro del mismo baño en el que minutos antes había desaparecido Lynn.

Andrés continuó mirando, esperando que él o ella salieran apresuradamente, muestra de que todo era un error. Sin embargo, no salió nadie de la puerta. Sin saber bien por qué, se sintió demasiado perplejo para reaccionar. ¿Debía ir a la puerta y forzarla? ¿Debía esperar junto a la puerta a que salieran y organizar una escena? ¿No sería todo un error? Lo que había visto en el reflejo, ¿no sería una ilusión óptica producida por la propia naturaleza del reflejo? Desde luego, no podía creer que fuera cierto lo que acababa de ver. El día después de su boda. Sin haber consumado todavía su matrimonio. Era sencillamente imposible.

Esperó con los ojos entornados a que pasara algo. Con un movimiento imperceptible, miró su reloj de muñeca y empezó a contar. La espera se le hizo interminable. Deseaba que algún viajero se levantara y fuera hasta la puerta para ponerlos en evidencia cuando salieran, o simplemente para que hubiera otro testigo del hecho, pero no se levantó nadie. Finalmente, tras siete minutos que le parecieron una eternidad, la puerta del baño se abrió y salió Lynn. Caminó por el pasillo arreglándose la falda. Andrés volvió a poner el brazo bajo la manta y se hizo el dormido. Lynn se detuvo junto a él y luego, tras unos segundos, volvió a pasar sobre sus piernas con cuidado

esta vez de no tocarlo y no mover el respaldo. Cuando se hubo sentado, Andrés volvió a mirar al reflejo y, de la misma puerta, vio salir al mismo hombre rubio. No le cabía duda. Lynn había pasado siete minutos en el baño con un hombre que él desconocía y que no era el mismo con el que había salido de la puerta cuando llegó a Madrid.

VII

En el aeropuerto cogieron un taxi hasta su casa. Andrés bajó del avión escudriñando las reacciones de Lynn y del hombre rubio, pero no vio en ninguno de los dos señal alguna que indicara el más mínimo grado de conocimiento o intimidad. Mientras recogieron las maletas pensó en encararse con su mujer, pero no sabía qué decirle.

¿Preguntárselo? Si era verdad, ella negaría todo; si era un error, también. Ahora se arrepentía de no haberse levantado en el avión, pero a la vez comprendía que, con su carácter, nunca habría podido hacerlo. En el fondo, la pregunta que le roía la mente era "¿por qué me ha hecho esto, por qué?" Si se había casado con él libremente, ¿por qué se encerraba con un hombre en el baño del avión al día siguiente de su boda?

Por su cabeza pasaron las ideas más peregrinas. Quizás Lynn era drogadicta y se lo había ocultado. O traficante de algo. Quizás tenía una vida que él no conocía en absoluto. Lo cierto era que por el momento no podía ni odiarla. Lo único que sentía era cierta náusea y una confusión tan profunda como era capaz.

La casa les esperaba solitaria en el borde de una costa amenazadora. La universidad había preparado todo, pero Andrés no se fijó en nada. Lo que en cualquier otra circunstancia habría sido un divertido

juego de sorpresas, se convirtió en un mudo paseo hasta encontrar el dormitorio. Allí, se tumbó sobre la cama doble, sin quitarse la ropa, y con los antebrazos se cubrió la cara. Desde su oscuridad particular, notaba la presencia de Lynn, su silencio lleno de pavor. Luego, tras unos instantes, oyó sus pasos sobre el suelo de madera, y sintió sus manos que comenzaban a desabrocharle el pantalón. Andrés se revolvió de forma que Lynn no pudiera seguir haciéndolo.

--- ¿Qué te pasa?--- le preguntó ella con una voz que le pareció falsa.

--- Nada, tengo sueño, estoy muy cansado.

Tras decirlo, notó de nuevo cómo las manos de Lynn volvían a manipular su cinturón. Andrés volvió a sacudirselas de encima.

--- Quiero dormir...

--- ¿Y vas a dormir así, sin desvestirte?

--- Sí.

Mientras hablaba, Andrés no se quitó los brazos de los ojos. Lynn permaneció a su lado, en silencio, sin decir nada. "Sin atreverse a hacer nada", pensó Andrés antes de dormirse sobre la colcha.

A la mañana siguiente, el sol entraba por la ventana cuando se despertó. Lynn no estaba a su lado, y Andrés permaneció tumbado, pensando en lo que acababa de ocurrirle. Nunca se habría imaginado que iba a estar en una situación semejante y, no sabía qué hacer. No podía contárselo a nadie y, a medida que pasaban los minutos, sabía

que se alejaba la posibilidad de encararse con Lynn. Todo seguía estando igual, el mismo futuro profesional ante él, la misma casa, las mismas expectativas, pero algo importante había cambiado. Lynn había pasado a ser una completa extraña, y en ese cambio un castillo de sueños que tan solo había intuido dentro de él se había desmoronado dejando un solar vacío. ¿Cuáles eran esos sueños? ¿Qué esperaba de Lynn? Ni siquiera él lo sabía.

Oyó ruidos fuera de la habitación, y Lynn entró llevando en las manos una bandeja con su desayuno preparado. Lynn iba en ropa interior de color verde oscuro y de corte muy sexy. En otras circunstancias, habría sido una sorpresa agradablemente provocadora. Ahora, sin embargo, lo vio como un acto procaz y algo sucio, una vulgar treta para intentar conseguirlo, para engatusarlo. Con un gesto mohino, la apartó de delante. Lynn permaneció con la bandeja en la mano y tan solo le dijo que le convenía comer algo. Él le respondió que no tenía hambre, que todavía se sentía mal. Lynn se acercó y le acarició la cabeza con la mano. Luego, desapareció con la bandeja.

Los cinco días siguientes, Andrés se los pasó en un estado casi semi-inconsciente. Cada acto de Lynn lo veía ahora desde un prisma nuevo, como si no tuviera nada que ver con la Lynn de tan solo unos días antes. Cada gesto tenía ahora una procacidad asombrosa. La inocencia de la que antes le había hecho poseedora, se había desvanecido por completo. Lynn se había convertido en un animal sexual que quería aprovecharse también de él, de una forma cruel y calculada. No sabía con exactitud qué quería de él, hasta que un día, abortó mientras miraba los siluros en la pecera que le acababan de traer, lo supo. Lynn quería cubrir su desliz con la simultaneidad, y él tenía que ser el encargado de cubrirlo, de

borrarlo.

Cada mañana, Lynn actuó de la misma forma con el desayuno. Aparecía antes de que él saliera de la cama con una bandeja y vestida tan solo con un camisón breve y picante. Luego, después de cenar, se quedaba en ropa interior, unas bragas y unos sostenes minúsculos, de diferentes colores, que Andrés nunca había imaginado que pudiera tener y que, si bien le atraían intensamente, le parecían a la vez un burdo señuelo, parte de una tosca estrategia encaminada a confundirlo. Le parecía increíble que Lynn, bajo la apariencia de una recién casada preocupada por dar placer a su marido, escondiera toda aquella depravación. En cierta manera, era como ver un siluro más, con sus movimientos suaves y silenciosos, aunque esta vez estaban en la misma pecera.

En ningún momento se le pasó por la cabeza dejar el trabajo, irse. Era la oportunidad de su vida, y no iba a dejarla pasar. Esos días siguientes, no tenía ninguna obligación en la universidad y se los pasó escudriñando la casa, estudiando sus cuartos y sus recovecos. Se dedicó también a poner en orden las peceras, los inmensos acuarios de su estudio. Cuando los siluros fueron llegando, los fue metiendo en los acuarios, y dirigió las operaciones con sumo cuidado y gusto. La noche en la que estuvieron todos colocados, se encerró en el estudio y encendió todas las luces de los acuarios. La habitación se sumió en una luz azul surcada por sombras grises que se deslizaban a su alrededor en silencio, como fantasmas inasibles. Andrés pasó varias horas allí, con la sensación de que estaba viendo una representación del mundo, de su vida, de todas las vidas. Allí metido, solo, tuvo la sensación de estar en el centro del universo, en su burbuja inicial.

Era la sexta noche que pasaba en la casa y, como todas, adujo un dolor de cabeza para evitar tener que cenar juntos. Se acostó pronto, tras tomar un sandwich ligero, y solo, en la cama, pensó en su indecisión. No sabía qué hacer. Se había convertido en un autómatas sin otra función que la puramente mecánica, la que le otorgaba su trabajo. Recordó algo que había leído en un libro de divulgación, no recordaba bien si en un ejemplar de la revista del Reader's Digest en una consulta de un dentista y que se le había quedado grabado. El artículo era sobre los samurais, y ni siquiera lo leyó en su totalidad. Pero recordaba que decía que, en el código de honor de la clase guerrera japonesa, si un hombre llegaba a una posición en la que no sabía qué hacer, lo correcto era el suicidio. Si por temor no lo llevaba a cabo, se convertía en un muerto viviente. El artículo también decía que los muertos vivientes eran seres especialmente peligrosos. Carentes de dignidad, de posición social que defender, sus existencias eran o bien motas de vacío, o bien se convertían en seres casi irracionales que buscaban la muerte y la mayor destrucción posible en empresas desesperadas y sin sentido. Él sabía que, en cierto modo, se había convertido en un muerto viviente.

Esta sensación, reconfortante ya que al menos le daba una explicación de su situación, convivía con una excitación sexual que se hacía palpable de forma especial cuando se iba a la cama. Esa noche, la sexta, la erección de su miembro llegó a serle dolorosa, y lo mantuvo en vela durante un tiempo bastante largo, hasta que cayó dormido, antes de que Lynn viniera a la cama, tal y como deseaba. Mientras dormía, tuvo sueños eróticos, fantasías cargadas de sensualidad. Se despertó una vez en el medio de la noche, creyendo que había tenido una polución, pero descubrió que no. A su lado, Lynn dormía profundamente, y tras beber un trago de agua, volvió a

apagar la luz. La erección seguía allí, con un dolor aceptable pero intenso, y deseó tener dentro de él un interruptor que sirviera para apagarla. Antes de caer dormido de nuevo, pensó que quizás sería mejor hablar con Lynn al día siguiente, confesarle todo, y acabar con esa parodia. Sin embargo, las mismas dudas volvieron a asaltarlo. ¿Qué ocurriría si Lynn negaba todo? ¿Cómo podía defender su posición ante los demás? ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar? No tenía respuestas para ninguna de estas preguntas, y cuando el sueño se adueñó de él, deseó por un segundo que se tratara de un sueño eterno.

No sabía cuándo tiempo había transcurrido cuando abrió los ojos y vio a Lynn encima de él. Todavía sentía el dolor de su erección, pero ahora era un dolor mezclado con una ola de placer que no pudo contener. Lynn estaba casi sudando, de rodillas sobre su vientre, con su miembro dentro de su vagina y, mientras con las manos le acariciaba los testículos, tensaba y relajaba los músculos de su orificio y se movía arriba y abajo con convulsiones lentas pero precisas. Andrés tan solo fue consciente de un momento de dolor agudo, y luego de una ola de fuego, un orgasmo inesperado y profundo que arrastró todo el dolor y todo el placer hacia afuera, hacia muy lejos. No se atrevió a decir nada. Mudo de placer y asombro, notó a Lynn ponerse tensa y luego relajarse sobre él como una flor al anochecer. El escaso roce de su piel le turbó más de lo que había podido imaginar, y le trajo, casi en contra de su voluntad, la imagen de un jardín, de un río y de mil pétalos de flores cayendo sobre él. Andrés, tumbado de espaldas y con los ojos fijos en ella, vio cómo Lynn lo descabalgaba y se tumbaba a su lado en silencio, con tan solo una mano sobre su hombro. Tuvo ganas de tocársela, pero se limitó a sentirla allí, suave y pesada a la vez, y pensó en un pájaro y en un pulpo antes de caer dormido de nuevo.

VIII

La mañana siguiente, Andrés se despertó más calmado, sin la sensación que la había perseguido los días pasados. A su lado no estaba Lynn, sino un amasijo de sábanas, y tampoco le despertó, como los días anteriores, con el desayuno preparado y una ropa atractiva. Tumbado en la cama, pensó por un momento que todo había sido un sueño. Sin embargo, al mirarse el pene y ver manchas secas de semen sobre su piel, supo que todo había sido una realidad. Las sábana también estaba manchada, y él aún podía sentir las sensaciones tan fuertes que había experimentado. Tumbado, viendo los reflejos de la luz matinal en el techo, se sintió aliviado. Lynn se había salido con la suya, pero le había dado de regalo una bolsa de calma. Ahora, la incertidumbre descansaba en los hechos externos, en lo que ocurriría, pero se sentía liberado de tener que decirle algo. Lynn era su mujer, y si no era la mujer adecuada, los acontecimientos que estaban por venir lo mostrarían. Por el momento, podía relajarse, olvidarse de él mismo y centrarse en ella y en su vida en común.

Esa mañana, desayunaron juntos en la cocina. Lynn vestía una bata de seda de color marfil, y aunque casi no hablaron, fue agradable desayunar juntos, como una pareja normal de recién casados. Ella se mostró bastante locuaz, y en un momento incluso le acarició la mano. Andrés lo aceptó sin apartarla, algo que sabía que no habría hecho los días anteriores. Ella habló del jardín y de la casa, y del trabajo que le esperaba, y él la escuchó por primera vez entrando en la fantasía de un futuro común.

Esa tarde tenía una cita con el profesor Connelly en la universidad. Se preparó con calma, aprovechando el placer de la primera ducha

tranquila que tomaba y, tras arreglarse, salió hacia la universidad. Conducía un viejo Morris con el volante a la derecha que era de Lynn. Hacía un día radiante, uno de esos días escoceses de sol y algunas pequeñas nubes en los que el mar reluce como una masa de cristal en movimiento, y en el que los verdes brillan como si alguien acabara de pulir cada hoja y cada brizna de hierba. Se sentía orgulloso de poder conducir por la izquierda, y de dirigirse a la universidad para tratar de un asunto profesional en una lengua distinta a la suya.

El profesor Connelly le esperaba en su despacho, una habitación sombría y cálida forrada de madera en el viejo edificio victoriano del departamento. Tras los saludos, el profesor hundió su mirada en los papeles que tenía sobre la mesa.

--- Mr. Andrew, me complace decirle que el consejo de la universidad ha autorizado la ayuda que pedimos para nuestro proyecto. Han comprendido que el estudio sobre la reproducción de los siluros debe hacerse en condiciones lo más naturales posibles, eliminando el factor de la cautividad. Para ello, han aceptado las cifras que les dimos. Podemos, por tanto, empezar a montar el criadero en el estuario del río.

Andrés sonrió y emitió una interjección de sorpresa. Sabía de lo que hablaba el profesor, porque él mismo le había ayudado a confeccionar la documentación. Se trataba de un proyecto sumamente ambicioso que incluía la puesta en marcha de un vivero, un criadero de siluros en el mismo río. El proyecto tenía diez años de duración mínima, e incluía la instalación en sí del criadero, una gran piscina flotante, un barco para efectuar las visitas y un ayudante que cumpliría las funciones de marinero y vigilante. Si podían probar

que era posible la reproducción de los siluros en libertad en las frías aguas dulces escocesas, el hallazgo supondría un hito en la biología marina, así como un factor decisivo a la hora de tomar medidas de protección y control. El profesor levantó los ojos de los papeles y siguió hablándole mientras mantenía los ojos fijos en los suyos.

--- Para ello, cuento con usted como investigador principal. No podemos dejar pasar esta ayuda, y es sumamente importante que todo se haga de la forma más minuciosa posible para asegurarnos su continuidad. Usted ya sabe los problemas que encuentran proyectos como éste, y la avidez de otros departamentos en intentar menoscabar los proyectos ajenos para asegurar los propios. Además de sus dotes investigadoras, necesitaré que se convierta en un gestor efectivo. Creo que usted puede hacerlo.

Andrés sintió un golpe de alegría, junto con una ola de sudor frío.

--- Por supuesto que pondré todo mi esfuerzo en ello. Para mí es un honor...

--- En cuanto al marinero, tengo una propuesta del consejo. Es un trabajador de la universidad, un antiguo jardinero que se reconvertiría para la ocasión. Tendrá que estar muy encima de él. Ello le exigirá el uso de dotes extraacadémicas.

Tras decir esto, Connelly hizo una pausa, esperando una respuesta.

--- Intentaré hacerlo lo mejor posible.

--- Así espero. Como he dicho, el consejo ha aprobado el plan en su

totalidad, lo que significa que su mujer también forma parte del proyecto.

El resto del tiempo, lo pasaron repasando un ejemplar del proyecto, y viendo lo que era necesario para empezar lo antes posible. Revisaron los nombres de todas las compañías involucradas, y quedaron en que Andrés comenzaría a llamarlos lo antes posible.

Andrés salió del despacho con una sensación de renovación. Tenía frente a él un serio cometido, una labor compleja y prometedora, lo que siempre había soñado. No cesaba de sorprenderle que hubiera encontrado su lugar tan lejos de su casa, en un país remoto y ajeno, donde habían sabido valorarlo lo suficiente como para confiar en él un trabajo tan importante.

El viaje de vuelta, con el sol bajo, fue tan agradable como la ida. Las colinas lejanas iban cubriéndose de sombras, y él, conduciendo un viejo Morris que emitía un zumbido pacificador, se dirigía a su casa, el santuario de un investigador extranjero y valorado. Había algo épico en la tarde y en la propia visión de su vida, algo grave que se fundía con las sombras del atardecer.

Cuando llegó a su casa, Lynn estaba leyendo en el salón. Andrés subió a su cuarto a cambiarse, y allí fue algo más consciente del estado de excitación en el que la conversación con el profesor le había sumido. Había dos puntos que le intrigaban. Uno, el marinero, el antiguo jardinero que tendría que supervisar; el otro, el recordatorio de que Lynn era también parte del proyecto. En cierta manera, pensó, era mejor así. Significaba regularizar en trato con su mujer, darle un cariz y una continuidad profesional que era lo que en ese momento más anhelaba, ya que era el camino que sabía que

había elegido tras el suceso de la noche pasada. Lynn trabajaría con él, lo que haría que no fuera únicamente una mujer, su mujer, sino un colega más, alguien con quien compartir un fin común ajeno incluso a ellos.

Esa noche, la cena fue placentera. Le contó a Lynn el contenido de su conversación con Connelly, y ella se mostró contenta. Al final de la cena, Andrés fue a buscar una botella de champán, y brindaron por el futuro del proyecto. Lynn le besó tras hacerlo, primero en la mejilla, y luego con un beso más carnal. Esa noche, hicieron el amor antes de dormirse, y Andrés se durmió con la sensación de que, después de todo, era su mujer y de que así lo aceptaba.

IX

Lo primero que hizo Andrés fue ponerse en contacto con el marinero. Connelly le había dejado un breve curriculum vitae en el que se especificaba su nombre, Vernon O'Brien, y sus datos personales. Su experiencia profesional se limitaba a su condición de jardinero. No se decía nada sobre su edad. Sin saber por qué, Andrés se imaginaba un hombre mayor, con el pelo cano. Antes de llamar por teléfono, notó algo de nerviosismo. Sabía por experiencias anteriores que el acento escocés podía llegar a resultar casi ininteligible, y no deseaba que fuera así esta vez. Sin embargo, cuando tras llamar le respondió una voz grave pero con un acento inglés casi estándar, su inquietud desapareció. Fijó una cita en el embarcadero donde estaba amarrado el bote que la universidad había asignado al proyecto. Era una dársena de la desembocadura del río, en un pueblo que no conocía, y quedaron al día siguiente a las tres de la tarde.

Llegar al embarcadero le costó más de lo que había imaginado. Estaba

al final de una zona industrial, escondido en una pequeña bahía. Había un muelle de piedra que acababa en una plataforma de madera junto a la que estaba un viejo bote de madera blanco, de unos ocho metros de eslora con una pequeña camareta barnizada. A su lado, estaba sentado un hombre de edad indefinida, totalmente calvo. Cuando se incorporó, vió que era muy delgado y más alto que él. En su cara había una mueca de displicencia, como si estuviera allí por obligación y quisiera que lo supiera desde el principio. Se adelantó hacia él y le extendió la mano.

--- Vernon, Vernon O'Brien.

--- Andrés Blanco.

Vernon giró la cabeza hacia el bote.

--- Supongo que ésta va a ser nuestra querida. Una buena viejecita...

Dijo "old lady" de una forma cariñosa, con un tono que le extrañó a Andrés.

--- ¿Sabe algo de navegación?--- le preguntó Andrés.

--- No más que usted, imagino. Pero sé de maderas...

A Andrés, la contestación le pareció un tanto estrambótica, pero había en él algo extraño que casaba con su respuesta. Cuando Vernon retiró el brazo, vio el inicio de un tatutaje en su antebrazo. Habría preferido encontrarse con alguien más acorde con lo que había imaginado, un viejo jardinero cercano a la jubilación, y no con un hombre joven con aspecto de haber salido de un penal, el ejército o,

cuando menos, de una sala de billares. Vernon saltó al bote, y tiró de la amarra para acercarlo a la plataforma y facilitar que Andrés saltara a bordo. Cuando lo hubo hecho, se echó por un segundo encima de Vernon y pudo sentir un intenso olor a alcohol. Se retiró enseguida con una desagradable sensación de inseguridad bajo sus pies.

Andrés caminó por la cubierta haciendo equilibrios y en un momento tropezó y se agachó intentando agarrarse a algo. Cayó en la bañera, y Vernon le ayudó a incorporarse.

--- Tendremos que acostumbrarnos---, le dijo.

El barco no tenía líneas de seguridad, sino unas tiras agarramanos que corrían sobre la camareta. Vernon se aferró a una.

--- Si el tiempo se pone mal, solo nos queda agacharnos y agarrarnos a éstas.

En la proa, sin embargo, el bote tenía un pequeño balcón de proa. Andrés observó todo sentado, y su interés se dirigió luego hacia el cajón de madera en el centro de la bañera que Vernon se disponía a abrir.

--- El motor ---dijo éste---, vamos a ver cómo respira.

Se dirigió a la camareta y allí inspeccionó el cuadro de mandos.

--- Hace falta la llave.

Andrés recordó la llave que le habían entregado en un sobre. La sacó

del bolsillo de su chaqueta y se la dio a Vernon. Éste volvió a entrar en la camareta, y se oyó a el gruñido del motor al intentar ponerse en marcha varias veces de forma infructuosa. Vernon volvió a salir de la camareta y se dirigió al cajón abierto.

--- ¿Sabe algo de motores?, ---preguntó Andrés.

--- Supongo que no será muy diferente al de una segadora.

Manipuló algo durante un instante, y luego volvió a desaparecer en la camareta. Esta vez, tras dos intentos y unas explosiones, el motor comenzó a rugir. De la popa comenzó a salir un humo azulado que los cubrió por unos instantes.

--- ¿Quiere llevar la rueda?

--- Mejor llévelo usted--- le respondió Andrés.

--- Entonces suelte las amarras. Vamos a ver cómo se porta.

Andrés soltó las dos amarras y empujó la plataforma para separarse de ella. Vernon, de pie, comenzó a manipular la rueda del timón. El bote comenzó a moverse, y el volumen del motor subió.

--- ¿Cómo se llama?--- gritó Andrés.

--- Old Lady.

--- ¿Cómo?

--- Old Lady.

La "Viejecita" avanzaba por aguas de la dársena rumbo al estuario. Andrés se vio súbitamente envuelto en un sentimiento de euforia. El viento le azotaba la cara, y casi le impedía hablar, pero la sensación de libertad y movilidad le hacía sentirse bien. Sin embargo, no pasaron unos minutos antes de que comenzara a sentir una pesadez en el estómago que pronto se convirtió en una náusea. Intentó aguantarse, pero cuando ya no pudo más, se asomó hacia la popa y comenzó a vomitar ruidosamente. Allí pintado en el espejo de popa, en una letras caligrafiadas azules con un ribete blanco, pudo leer "Old Lady". La Viejecita seguía navegando manteniendo el rumbo. A Andrés le embargaba ahora un sentimiento de vergüenza. No se atrevía a mirar hacia Vernon por miedo a encontrarse con una sonrisa sarcástica. De improviso, notó un golpe en su costado, y cuando miró a su lado vio a Vernon que le sostenía el hombro. Andrés estaba muy cansado para sostenerse a sí mismo, y agradeció la ayuda del jardinero. Lo que no esperaba es que Vernon, tras ayudarlo, le apartara de la borda y él mismo se pusiera a vomitar ruidosamente. Su vómito olía intensamente a alcohol. Vernon vomitó hasta que no le salió nada más por la boca. Entonces se sentó junto a Andrés.

--- Menudos marineros estamos hechos.

Mientras tanto, Old Lady seguía avanzando sola sin variar ni un ápice su rumbo. Pasaron de largo un faro flotante pintado de rojo y blanco. Tras un rato, Vernon volvió a coger la rueda, y viró hacia el muelle.

Esa experiencia le valió a Andrés para lograr cierta camaradería con Vernon que estaba seguro que no la habría logrado de no haberse mareado los dos. Tras atracar, Vernon le ofreció ir a tomar un trago

juntos, pero Andrés declinó la invitación. Sin embargo, de vuelta, sabía que eran más amigos que antes, que había logrado romper un hielo invisible. También sabía que debía aprender a acostumbrarse al mar.

Las dos semanas siguientes, las pasó llamando a las compañías y organizando la instalación del vivero. Fue una labor complicada, llena de retrasos y problemas. Todos los días, por la tarde, reservaba unas horas para salir en el bote con Vernon. No solían hablar mucho, pero los dos parecían disfrutar con los paseos. Repasaron unos nudos básicos, que Vernon ya conocía, y sistematizaron la manipulación de la "Viejecita". Los dos practicaron cómo ponerla en marcha, y Andrés se divirtió especialmente el día que cogió la rueda ---situada a la derecha--- y se pudo sentir dueño de una parte del mundo por unos segundos. No hablaron mucho hasta que un día Vernon le preguntó a Andrés si estaba casado. Andrés dijo que sí, a lo que Vernon respondió:

--- Cosa complicada, ésa del matrimonio.

Andrés no respondió nada, pero sus palabras le sonaron como el ruido de dos navajas al rozarse. No le quiso decir que su mujer vendría pronto al barco, como sabía que pasaría. Pero este sentimiento se vio pronto compensado por la euforia y la sensación de vigor y bienestar que le proporcionaba la navegación.

Una de esas tardes, volvió a casa decidido a decirle Lynn ella se vendría al día siguiente en el barco con él. No quería que viniera Vernon, quería ser él el primero que se lo mostrara, que viera su pericia. Sin embargo, nada más llegar, Lynn le dijo que le tenía que decir algo muy importante. Andrés pasó al salón con ella, y allí

Lynn le abrazó y se lo espetó con una sonrisa: estaba embarazada. Su primera reacción fue de júbilo, pero nada más separarse de ella, volvió a sumirse en el pozo de sospechas que había dejado olvidado. En esos meses, Lynn no había dado muestras de nada sospechoso, no había actuado de forma extraña con ningún hombre, y Andrés había relegado el incidente y sus consecuencias a un prudente segundo plano. Ahora, sin embargo, todo parecía revolverse de nuevo. Aunque bien era cierto que el sentimiento principal era de alegría y satisfacción. Porque sabía que, después de todo, aunque el incidente del avión hubiera sido cierto, podía ser su hijo.

--- ¿Estas segura?--- le preguntó--- puede ser una falsa alarma.

--- Es la segunda vez, Andrés, no hay duda. Además, ayer me hice las pruebas. Fueron positivas.

Esa noche, decidió tomar una determinación. Su trabajo le gustaba y estaba a gusto con Lynn a pesar de todo. Seguiría adelante con lo que viniese. No había, por otro lado, razones claras para hacer lo contrario, y en cualquier caso, si no había dicho nada antes, ¿por qué hacerlo ahora?

También, como Lynn estaba embarazada, decidió no decirle nada acerca de la salida en el barco. Estaba decidido a comportarse como un marido responsable, y sabía que no le convenía exponerla a riesgos como el de caerse. Por otro lado, su embarazo cambiaba las cosas en cuanto a su colaboración en el proyecto.

Mientras tanto, el vivero fue avanzando. En un mes y medio estuvo terminada la instalación, en la otra margen del río, en el estuario, a casi una hora en el bote. A los dos meses, los primeros siluros

fueron llevados a la piscina flotante.

Por aquel entonces, el otoño ya se había echado encima, y los días se reducían de forma vertiginosa. Las salidas en el barco dejaron de ser lo plácidas que habían sido hasta entonces. Algunos días, las aguas estaba picadas, y lo que habían sido agradables excursiones a veces pasadas por agua se convirtieron en aventurados pasajes bajo el viento, los rociones y el incesante caer de la lluvia. Vernon, además, a medida que el tiempo se había ido oscureciendo, se había ido volviendo más y más taciturno, y a veces daba muestras de estar claramente bebido. Un día, de vuelta, le preguntó algo agresivo.

--- ¿Tiene hijos?

--- No,--- respondió Andrés.

--- Mejor así.

Andrés comenzaba a estar algo cansado del antiguo jardinero. Su hosquedad así como su falta de comunicación le parecían difíciles de aguantar, y decidió hablar con Connelly para intentar que lo sustituyeran por otra persona. La respuesta del profesor fue descorazonadora. O'Brien estaba contratado por la universidad, y a no ser que hubiera una causa mayor de por medio, no se podía prescindir de él.

Andrés había pasado ya un invierno en Escocia, pero no lo recordaba tan duro. Lynn comenzaba ya a estar claramente embarazada lo que íntimamente le reconfortaba. Sentía, de forma casi secreta, que cuanto más visible fuera su embarazo más seguro estaba él, de una forma difícil de explicar. Sus inquietudes se disiparon cuando, a

comienzos de diciembre, vino una semana excepcionalmente buena. Los siluros parecían sobrevivir en las aguas frías sin problemas, y las visitas con el sol y el aire frío le dieron un nuevo vigor que recibió encantado.

X

Durante esos meses, Andrés se refugió en la rutina. Las excursiones en bote se mezclaron con las horas en su estudio, horas dedicadas a controlar los siluros, a vigilar sus hábitos, a estudiar sus personalidades.

Tras unos meses, tenía la sensación de conocer los distintos animales como si fueran sus hijos o sus hermanos. Las tres parejas de los tres acuarios mostraban comportamientos diferentes. Eran animales jóvenes, lejos de su plenitud, pero con idiosincrasias propias. La primera, en la que el macho era un impresionante cachorro con formas ya de adulto y la hembra un delgado animal tímido y poco activo, casi no tenían contacto entre ellos. El macho, desde la mañana, se dedicaba a pasearse lejos de su compañera, dando interminables vueltas por el recinto en el que estaba cautivo. Mientras lo hacía, la hembra solía descansar apoyada en el fondo, cerca de alguna roca lisa. La segunda, estaba formada por dos ejemplares casi iguales, en su tamaño y forma y en sus actividades. Solían nadar juntos, rozando sus lomos uno contra otro, y describiendo movimientos que se asemejaban a una danza o a un juego. En la tercera, la dama era el ejemplar más espectacular. Tenía una boca hiperdesarrollada, un nerviosismo en sus movimientos casi contagioso, mientras que el macho era corto y algo redondo, y gustaba de acercarse a la superficie y quedarse quieto, como esperando algo.

Alguna vez pensó que quizás se había equivocado en el emparejamiento. Era extraño que los peces parecieran tener personalidad, y que ésta pudiera influir en su vida en común y en su deseada fecundidad. Cuando pensaba esto, era inevitable que no considerara su propia situación. En algún momento se dijo que él era como un siluro más en un acuario: alguien lo había puesto allí, en esa casa, con Lynn, y sin saberlo los dos estaban describiendo algo similar a lo que él estudiaba, un baile de acciones y palabras encaminado a la reproducción de su especie. Pero como los siluros, ambos lo ignoraban.

Uno de los días que salió con Vernon, le ocurrió algo desagradable. Era un día gris, con mucho viento, y las aguas estaban muy revueltas. Habían salido tarde, y cuando se acercaban a la piscina flotante el día se había puesto muy oscuro, casi como si estuviera anocheciendo.

Una de sus tareas, lo primero que hacían nada más llegar, era amarrar el barco al pequeño muelle flotante contiguo a la piscina. Allí había una caseta que había montado una compañía japonesa con la que el trato había sido especialmente enojoso, y, una vez amarrados, entraban para controlar la temperatura, la distribución de la comida, y observar los siluros en unos monitores conectados a unas cámaras submarinas.

Ese día, Vernon estaba especialmente taciturno, posiblemente a causa del alcohol. Vernon iba a la rueda, y Andrés se fue a proa para llevar a cabo el amarre. La maniobra no había presentado problemas hasta entonces. Esta vez, sin embargo, llegaron dando más tumbos de los normales debido a las olas, y a demasiada velocidad. Andrés,

asustado por el choque que veía inminente, se agarró con una mano al balconcillo y se volvió para gritar a Vernon que diera marcha atrás. Vernon, pareció no oírlo, pero cuando la Old Lady estaba casi encima de la plataforma aplicó la reversa de forma brusca. Andrés sintió que sus piernas hacían palanca contra el balcón, y a continuación se vio volando por la borda, con una mano todavía agarrada al balcón. Sintió un golpe en el pecho, y luego cómo se sumergía en el agua helada. Con los ojos abiertos, se vio rodeado de espuma y vio también el casco oscuro del bote junto a él, amenazador. Salió a la superficie en cuanto pudo, y comenzó a gritar. No era un buen nadador, y sentía el peso de sus ropas empapadas empujar hacia el fondo. Sobre sus gritos, y sobre el pandemonium del ruido del motor y de las olas, pudo oír las carcajadas de Vernon. Mientras el barco se acercaba, se giró y se agarró con una mano a la plataforma de la caseta. Allí estuvo, exhausto, tragando agua con cada ola, hasta que Vernon atracó y vino a ayudarlo.

Tras esta experiencia, pasó una semana sin salir de casa. De golpe, el agua se había convertido en algo hostil, peligroso, y no tenía ganas de repetirlo. Se dijo a sí mismo que no era más que un accidente de trabajo, algo normal teniendo en cuenta el medio, pero a partir de entonces perdió el sentido de hermandad que tenía hacia sus animales. La sensación del agua fría y el desamparo allí solo, le habían hecho ver que su medio era otro, y que lo que hasta entonces habían sido excursiones más o menos agradables eran también parte de un trabajo peligroso.

El peligro, además, le dio una nueva sensación con respecto al embarazo de Lynn. Al fin y al cabo, Lynn lo necesitaba, el niño que iba a nacer lo necesitaba, y esa necesidad le otorgaba un sentido del valor propio. Tenía que cuidarse por otros y para otros, no por

sí mismo. Se debía a alguien. Paradójicamente, el accidente le asentó más en la aceptación del embarazo y en su postura de comprensión y olvido.

Lynn, mientras tanto, seguía engordando de acuerdo con su estado. Al principio, le ayudaba con los papeles del proyecto, pero luego comenzó a sentirse fatigada por cualquier actividad, y se pasaba las horas sentada en sofá, leyendo o viendo la televisión, algo que ponía nervioso a Andrés, y que lo empujaba más al aislamiento de su estudio. Andrés rehusó incluso a forzarla a que siguiera la tabla de ejercicios que el doctor le había prescrito como conveniente de cara al parto.

El noveno mes, un día que volvió tarde de la universidad, Lynn le dijo que creía que debían ir al hospital, que estaba rompiendo aguas. Andrés la montó en el Morris y en el camino se mostró tranquilo y sereno. Sabía que había llegado el momento. Había hablado antes con Lynn sobre la conveniencia de estar él presente en el quirófano. Lynn, en contra de su propia opinión, insistía en que prefería estar sola, que quería ahorrarle un espectáculo fuerte, sobre todo en caso de necesitar cesárea. Andrés, había dudado en imponer su punto de vista pero, ahora allí, pensó que prefería verlo, ser testigo directo.

Así se lo comunicó a la enfermera que se hizo cargo de ellos nada más llegar. Ésta le dijo que tenía que consultarlo con el doctor. Andrés esperó en una sala solo hasta que la enfermera volvió.

--- Creo que será mejor que espere aquí.

--- ¿Ha hablado con mi mujer?

--- El doctor lo ha hecho. Y ella prefiere que usted espere aquí.

Andrés permaneció callado hasta que la enfermera hubo salido. Luego, se dijo un "mierda" en voz muy baja, y comenzó a pasear por la habitación. Quería ver a su hijo, quería verlo nacer, y se lo negaban. De golpe, se vio presa de una ansiedad extrema, de una sensación de nerviosismo. ¿Y si le ocurría algo? ¿Y si se lo cambiaban? Sabía que se habían dado casos, y no quería que éste fuera uno de ellos. Especialmente cuando había pasado lo que había pasado. Quería verlo y saber que era él, que nacía de Lynn, que no había duda de ello. Y tenía que verlo en persona.

Pasó dos horas interminables. En ese tiempo, entró otro hombre que intentó entablar una conversación, pero él estuvo incluso grosero, y evitó cualquier cruce de palabras. No tenía nada que decirle.

Por fin, otra enfermera apareció en la sala, y le preguntó si era Andrés Blanco. Le preguntó si todo había ido bien, pero ella se limitó a guiarlo por el pasillo hasta una habitación en la que Lynn estaba tumbada en una cama con un niño envuelto en pañales en sus brazos. Lynn sonreía mirando al niño, y le acariciaba el pelo. Andrés se acercó y vio una bola de carne pálida con el pelo totalmente rubio, el más rubio que había visto en su vida.

--- ¿Está bien?--- preguntó.

--- Perfectamente, --- respondió la enfermera--- tiene el peso ideal. Y es tan guapo... Un niño muy guapo.

Andrés notó cierto rechazo.

--- ¿Está segura de que es el nuestro, de que no ha habido ningún cambio?

--- Por supuesto. A todos los niños, nada más nacer, les tomamos las huellas de los pies. Ahí las tiene --- y señaló unos papeles sobre un sillón--- puede comprobarlas si quiere.

Andrés se acercó a los papeles sin pensar en ellos. Cuando los tomó, una sola frase se repetía en su cabeza: "es rubio, totalmente rubio".

XI

Los meses que siguieron fueron tan agitados interiormente como las aguas del estuario el día que cayó en ellas. Sus sospechas internas, sus dudas, su constante merodear alrededor de la certeza de que el niño no era suyo contrastaba con la naturalidad con que todos los que veían el niño aceptaban su paternidad. Para todos los visitantes, escoceses en su mayoría, el que esa bola estilizada de pelo rubio fuera su fruto, su hijo, no parecía presentar el menor problema. Él era el único convencido de que no era así, de que el niño era de otro, de un desconocido (para él) del que nunca olvidaría su cautela, sus movimientos suaves pero seguros al entrar en el cuarto de baño del avión.

En sus aluviones nocturnos y meditativos, la vida le parecía un sinsentido monstruoso, en el que lo único que cabía, por el momento, era dejarse arrastrar. Escudriñó sus sentimientos con todo el detalle del que era capaz, y vio que, rondando la nebulosa de su confusión, existía también un grano de orgullo, un átomo de piedad hacia el niño, hacia ese ser indefenso e inconsciente de su origen.

Este grano, servía en algunos momentos de simiente de un orgullo de padre, que le asombraba que no tuviera relación con la unión biológica, con los lazos de sangre. Al fin y al cabo, el niño era hermoso como un ángel, tranquilo como un sabio, y estaba adornado de todas las gracias que los niños suelen tener, de las sonrisas, los gestos, los leves movimientos de afecto y llamada a la atención que las crías indefensas manejan con inteligencia y sensibilidad.

Entre los siluros, un día, viendo su piel oscura y lisa, su silencio sigiloso, decidió un día, casi como un acto involuntario, que el niño, si no era suyo, lo sería, y que él, Andrés Blanco, sería su padre. Un padre que sabía más de lo que nadie pensaba, un padre real porque su paternidad se basaba en la asunción consciente de una relación, no en la ciega aceptación de un accidente biológico. Se preguntaba a sí mismo, cuántos hombres habrían estado en su situación antes, y cuántos de ellos lo habrían estado conscientemente. Le parecía indudable que él no había sido el primero y que no sería el último, pero le dolía el saberlo, el tener que arrastrar el lastre de la conciencia del hecho. Habría preferido, sin duda, no saber nada, ser simplemente el orgulloso padre de un hijo sorpresivo pero, en vez de eso, tenía que arrastrar el el conocimiento, el recuerdo doloroso de un reflejo, la representación especular de una farsa hecha a su costa. Mil veces maldijo la sucesión de acontecimientos: la borrachera de su noche de bodas, el fingimiento de su sueño, la oportunidad de la azafata al dejar la puerta de acero bruñido del armario abierta con el ángulo justo para ofrecerle la imagen reflejada... Pero lo peor era que, por debajo de todo ello, maldecía a Lynn, a su mujer, por un hecho que le parecía simplemente incomprensible y que sabía que nunca llegaría a comprender. Toda la animalidad que racionalizaba en su estudio de los siluros, en su comportamiento reproductivo, era un

arcano en el caso de su propia mujer. Sabía que ella era un animal, que él mismo lo era, y que por tanto sus comportamientos seguían unas estrategias invasivas, similares a las de los siluros o cualquier otro ser vivo, pero en su caso se resistía a aceptarlas, a objetivarlas. ¿Dónde estaban los sentimientos? ¿Dónde se quedaba todo el fino entramado cultural humano, contrario a un comportamiento tan rudo y descarnado?

Él era su víctima, la víctima de un impulso ajeno hacia el que solo sentía rencor. Lynn era la madre de su hijo, de un hijo aceptado y por éste solo hecho era más suyo que de ella. Lynn era la ciega, quizás inconsciente, culpable de un simple hecho vital: la consecución de la mejor materia genética para darle el mejor cobijo posible, para otorgarle las mayores probabilidades de supervivencia. Él, Andrés Blanco, era el encargado de dar ese cobijo, de otorgar esa supervivencia. Ése era su cometido, ésa era su función, y la iba a cumplir. Aunque esa función naciera del rechazo a su propio contenido genético. De ser un siluro, habría sido un siluro atípico, un ser encargado de defender un huevo ajeno que, contra su voluntad instintiva no debía devorar. Curiosamente, este pensamiento le produjo una sensación de alienamiento frente a sus animales, de superioridad sobre ellos, que pensó que le sería de utilidad en el futuro ya que suponía el fin de una peligrosa identificación. Aunque también, sospechaba, suponía la ruptura de una armonía soterrada con el mundo que le rodeaba, el de los seres vivos. Los meses siguientes, sepultó esta ruptura bajo el manto de sus actividades cotidianas, bajo una capa de cieno similar al que cubría el fondo del estuario.

Al niño lo llamaron Andrés, por insistencia de la propia Lynn. Era Andrew junior, Andy para todos, y por fin pudo Andrés saborear la

sonoridad plena de su nombre en otra lengua. Aunque seguía recibiendo un placer casi secreto al ser llamado Andrew, se resistía a referirse a sí mismo de esa manera, le parecía una negación demasiado obvia de sí mismo. Sin embargo, ahora podía referirse a su hijo como Andy en cualquier momento y con pleno derecho. Al hacerlo, se le llenaba la boca de placer, de un placer con raíces en su adolescencia y en sus deseos más recónditos de ser otro, de ser mejor, de ser más blanco, y de ser reconocido así por los demás, por los auténticamente blancos.

Andy era un niño precioso y tremendamente silencioso y tranquilo. Esta cualidad la había heredado tanto de la madre como del padre. Era raro que llorara y, cuando lo hacía, emitía unos gemidos cadenciosos y tranquilos, más parecidos a una risa que a un llanto real. La contradicción entre la ignominia de su origen y la alegría y satisfacción que el niño mostraba le producía sensaciones encontradas. Le parecía que no debía de ser así pero, al mismo tiempo, le parecía maravilloso que así fuera ya que era como un bálsamo, como un regalo para su dolor y sus dudas.

De toda la gente conocida, tan solo Vernon no le felicitó, ni dio muestras de querer ver al niño. Cuando le dijo que había sido padre, una tarde de lluvia los dos solos en el bote, se limitó a emitir un gruñido y señalar hacia la bandada de pájaros que merodeaban el vivero. Habían tenido problemas con ellos, y habían tenido que acabar poniendo un cañón de salvas en la plataforma para mantenerlos alejados. El cañón funcionaba con un programa informático que no había dejado de darles problemas y que exigió que la primera semana Vernon durmiera en la caseta y que manipulara el cañón manualmente. La obligación no pareció molestarle. Antes al contrario, le sirvió para pasar una semana entregado a una borrachera constante y a unos

estados de euforia que contrastaban con otros de completa misoginia. Esos días Andrés visitaba la plataforma patroneando él solo a Old Lady, y, cuando Vernon estaba de lo que se podría llamar buen humor, le recibía apuntándole con el cañón y disparando algunas salvas, simulando un ataque en toda regla, acompañado de unas carcajadas sonoras. Cuando Andrés se acercaba a atracar, le gritaba "I'm a brit pirate against the spaniards", y luego le ofrecía su brazo tatuado para que saltara a bordo de la plataforma flotante.

Andrés había acabado aceptando el comportamiento de Vernon. Sabía, por Connelly, que no iban a poder cambiarlo sin el consentimiento del consejo de la universidad, y eso solo ocurriría si incurría en una falta grave. Y Vernon parecía conocer bien los límites de su actuación, de forma que no pudiera ser expulsado. Su existencia era un hecho estrambótico, pensaba Andrés, pero inevitable. Era algo que no iba a poder cambiar. Y el manejo del bote se había convertido en una rutina tan grande, en la que él había llegado a ser tan experto, que le daba igual que Vernon estuviera operativo o que simplemente se tumbara en uno de los bancos de la bañera acunando la borrachera de turno.

Los primeros meses tras el nacimiento, Lynn se ocupó principalmente del cuidado de Andy. Las ocupaciones de Andrés con los siluros eran la coartada perfecta para que éste se pudiera mantener en un segundo plano observador. Además, a sus obligaciones habituales se sumaba la añadida de escribir un artículo que intentaba publicar en una prestigiosa revista estadounidense sobre los primeros resultados de su proyecto. Esto añadía un punto de estrés a su vida ya que, si bien era cierto que los siluros, en general, iban bien, también era cierto que no habían logrado, ni en forma de tímido avance, ninguno de los resultados a los que aspiraban. En una conversación con el

profesor Connelly éste le había dicho:

--- Si no hay resultados, tendremos que hacerlos nosotros mismos.

Este comentario no había gustado a Andrés, quien veía en él el eco del fraude. Si los resultados no llegaban, había que hacerlos.

¿Significaba ello que tenían que inventárselos? ¿Hasta ese punto llegaban las presiones sobre el futuro del proyecto? Andrés no dudaba de la integridad del profesor, pero reconocía en él un miedo nuevo, quizás el reverso de una ambición que no se iba a resignar al fracaso.

Paralelamente, Lynn había vuelto a hacerse cargo de más funciones en el equipo. Ahora, ella llevaba todo el proceso de datos, y lo hacía con una meticulosidad envidiable. Varias veces, además, había mostrado su interés por visitar el vivero en el barco, algo a lo que Andrés se resistía. Quizás era el temor a Vernon y a revivir las dolorosas experiencias del avión. Tan solo un día, pasados más de siete meses tras el nacimiento de Andy, Lynn vio a Vernon cuando vino a buscar a Andrés, algo fuera de sus planes habituales. Andrés había sido testigo del encuentro y le pareció ver, cuando se saludaron, un brillo en los ojos de Lynn que abrió de nuevo las viejas heridas. Una vez que la sospecha volvió a adueñarse de su espíritu, no había encuentro de Lynn con otro hombre que no las reabriera. Mantenía con ella una reducida actividad sexual, aunque constante, debido a sus ocupaciones, pero tenía la sensación de que lo que había pasado una vez podía pasar más. Y la sensación era de pánico, una sensación terrible, un miedo que le llevaba a querer su aislamiento a cualquier precio. Y sabía que el aislamiento era imposible que Lynn no era un siluro que podía meter en una acuario, que el agua que los rodeaba era un espacio abierto al que no podía

poner barreras, o que las que podía levantar eran fácilmente escamoteables.

Esta sensación ya no le abandonaría. Intentó y logró no contratar a ninguna mujer de ayuda para así mantener a Lynn ocupada en casa, pero aún así no pudo evitar que la actividad, cada vez creciente de Lynn, implicara trato con otros hombres. Andrés sentía unos celos excruciantes, pero no hacia la persona de Lynn, sino hacia su posesión en general, hacia la idea de verse suplantado de nuevo por otro hombre.

Aunque las relaciones sexuales eran escasas, ansiaba dejarla embarazada, que tuviera ahora un hijo que se pareciera a él, pero no lo lograba. En algunos momentos, dudó de su fertilidad, y se dijo que quizás, de forma para él misteriosa, Lynn había sabido verlo y que ésa había sido y era la causa de su comportamiento. Andrés llegó incluso a atormentarse con la idea de que le fuera infiel con el profesor, un hombre mayor pero todavía atractivo. En su mente no había otra seguridad que la de su rutina diaria. Ir a comprar cualquier cosa con Lynn le parecía la mayor de las torturas porque todos los hombres le parecían atractivos incluso rodeados de su vulgaridad, y en todos ellos veía razones físicas para que Lynn volviera a desear un contacto rápido y momentáneo pero con consecuencias duraderas. El odio hacia Lynn creció dentro de él, un odio que se volvía contra él porque descansaba en la inseguridad hacia sí mismo, y que era como un clavo ardiente en su cerebro.

Pero, igual que antes, el odio no afectaba a su hijo, sino que se dirigía hacia la madre. Andy era suyo, y era algo puro. En sus fantasías, soñaba con poder prescindir de ella para ser él quien lo educara, quien lo formara, quien lo hiciera a su imagen y semejanza.

Andrés se sentía seguro de poder leer sus propios sentimientos, pero esta seguridad no le otorgaba ni paz ni descanso. Reconocía su situación como inestable, como hecha de una maraña de hilos finos y frágiles y sabía que en algún momento tenía que explotar, aunque no sabía cuándo.

XII

Un día de febrero, que el sol brillaba en el cielo, Lynn insistió en ir con él en el bote hasta la plataforma. Andrés se negó, e iniciaron una discusión que acabó con Lynn llorando. Andrés se recluyó en su estudio, y desde allí llamó por teléfono a Vernon. Éste tardó en venir a buscarlo más de lo habitual y, cuando lo hizo, se dió cuenta de que estaba totalmente borracho. Andrés mientras miraba las evoluciones de los siluros, decidió que no saldría a la piscifactoria o que, en todo caso, iría solo. Así se lo dijo a Vernon, quien se mostró más incongruente que de costumbre y acabó la conversación con una mezcla de gruñidos y sonidos absolutamente incomprensibles.

Andrés sentado en un sillón orejero, se abstraía observando el bolígrafo que tenía en la mano. Tenía la costumbre de hablar siempre sosteniendo un bolígrafo con el que escribir en caso de necesitarlo y, tras colgar, posó los ojos en él. Se trataba de un bolígrafo barato, de plástico amarillo y con la mitad superior transparente y llena de líquido. En ese líquido había una mujer vestida de blanco que, según cómo se orientara la punta del bolígrafo, hacia arriba o hacia abajo, aparecía o desaparecía. La observó con detenimiento. Se trataba de una mujer joven, con una cabeza desproporcionadamente grande y rubia, vestida con un traje blanco que le ocultaba los pies, lo que casi le hacía parecer una sirena. Cuando aparecía, si

efectuaba todo el recorrido, acababa cayendo en un círculo formado por las cabezas de siete enanitos. Entre ellas, medio cuerpo de la mujer desaparecía y quedaba su torso tan solo, asomando casi como un menhir. Se imaginó que en el lado oscuro, cuando desaparecía, estaría el príncipe esperándola, en las tinieblas. No sabía cómo había llegado el bolígrafo hasta su estudio. Se levantó, lo dejó en la mesa y se dirigió al dormitorio. Allí estaba Lynn.

--- Lynn, he cambiado de opinión, vente conmigo si quieres.

Lynn estaba tumbada, mirando al techo, sin decir nada.

--- Vente, anda. No sé qué me pasa. Últimamente estoy muy nervioso.

Lynn siguió sin responder y Andrés se sentó a su lado. No sabía qué hacer, pero sintió que debía ser cariñoso con ella. La veía tan ajena, que algo en él se resistía incluso al contacto. Sin embargo, vencíéndolo, alargó la mano y le acarició el pelo.

Lynn permaneció en silencio unos segundos, y luego giró la cabeza hacia él.

--- ¿Y qué hacemos con Andy?

--- Podemos dejarlo con Sean.

Sean era uno de los estudiantes que era ahora parte del proyecto. Pelirrojo y menudo, tenía un carácter extrovertido. Más de una vez les había ofrecido cuidar de Andy si ellos necesitaban dejarlo con alguien. Sean, además, había sido también el objeto de algunas de las fantasías celosas de Andrés. Sin embargo, ahora le pareció

adecuado que fuera él quien se quedara con Andy. En cinco minutos, circulaban con el Morris hacia su apartamento.

Sean les abrió la puerta vestido con un gordo jersey de lana verde y unos pantalones azules de lona muy desgastados. Aunque su aspecto era el de alguien muy descuidado, bastaron unas palabras suyas para envolverles en una nube de cordialidad que hacía que su aspecto pasara a un segundo plano.

Andrés detectó en sus ojos un brillo peculiar cuando se dirigían a Lynn, y se sintió aliviado cuando Sean desapareció en el interior del apartamento empujando el coche-cuna de Andy. Volvió a salir enseguida.

--- No os preocupéis. Se queda en buenas manos. Lo que me inquieta, si váis al barco, son esas nubes. Quizás sería mejor dejarlo para otro día.

Los tres miraron las amenazadoras nubes negras que se cernían en el horizonte. Aunque lejanas, sobre ellas se extendían otras nubes blancas, deshilachadas como finas hileras de algodón y que significaban fuertes vientos en las capas altas.

Andrés musitó unas palabras quitándoles importancia, y también mencionó la necesidad de ir. Sean lo escuchó con una sonrisa y se limitó a decirles que tuvieran cuidado. En el coche, mientras conducía hasta el embarcadero de Old Lady, Andrés sintió algunas rachas que zarandearon el vehículo y que varias veces le hicieron tener que corregir la dirección con el volante.

Al llegar al embarcadero, el cielo ya estaba totalmente cubierto, y

las rachas formaban olas pequeñas que se estrellaban contra el costado del bote. Andrés fue el primero en saltar a bordo, y una vez allí, como el primer día que salió con Vernon, jaló de las amarras para permitirle saltar con más facilidad. Ninguno de los dos vestía ropa de aguas, pero en el barco había dos impermeables y dos pares de botas de goma que, aunque no eran los mejores, los tenían allí Vernon y él para casos en los que el tiempo cambiaba sin avisar.

Andrés entró en la camareta para sacarlos y, mientras lo hacía, oyó el ruido de una respiración profunda. En el fondo de la camareta, Vernon descansaba tumbado.

--- ¿Qué haces aquí?, --- le preguntó, pero Vernon ni siquiera miró hacia él. Se acercó y le zarandeó los hombros. Vernon abrió los ojos, exhaló una especie de suspiro y sonrió. Andrés, enfadado, sintió ganas de darle un puntapié, pero en vez de ello, lo arrastró hacia fuera. Lynn estaba sentada en un banco de la bañera, sin decir nada. Andrés empujó a Vernon afuera y le ayudó a que se incorporara. Vernon se puso de pie, miró hacia Lynn y con una cara sonriente, haciendo movimientos convulsivos para no caerse, inclinó la cabeza como en una mueca de reverencia. Mientras lo hacía dijo "Adios, señora.". Luego, a duras penas, se volvió hacia Vernon y repitió la operación con otro Adiós como final. Empezaba a llover, y Andrés lo empujó fuera del barco. Vernon se sentó en el suelo y comenzó a reírse y señalar hacia las nubes. Andrés intentó mantenerse calmado. Le dió uno de los impermeables a Lynn y un par de botas que le venían grandes, y puso en marcha el bote antes de ponérselos él mismo. Luego desamarró, y entre golpes de agua y viento salió hacia el estuario. Solo cuando se dejó de oír a Vernon logró apaciguarse.

Lynn se había acurrucado junto a la camareta, y estaba totalmente

empapada. Miraba todo con ojos temerosos, pero no decía nada. Andrés, aunque ya estaba empapado, se puso el impermeable y las botas y dejó que Old lady se gobernara sola entre las olas. Cuando volvió a coger la rueda, Lynn habló.

--- ¿No sería mejor que volviéramos?

Andrés le hizo un gesto negativo con la cabeza, pero la verdad es que el día se había puesto feo. La visibilidad se había reducido mucho, y el viento y las olas zarandeaban el barco haciendo dificultoso su avance. Cuando llevaban un rato navegando, oyó la campana de la boya del centro del estuario, y el sonido renovó su confianza: estaba en su terreno, y las condiciones daban igual. Pero, a medida que se acercaba a la piscina se dio cuenta de que Lynn no sabía manejar el barco y de que él solo tendría que hacer el atraque. En otras condiciones, sabía que la maniobra no presentaba ninguna dificultad, pero hoy era diferente. Debían acercarse a la plataforma, y uno de los dos tendría que saltar a bordo con un cabo de amarre. Una vez hecho, no había problemas, pero no sabía si saltar él y dejarle a Lynn el gobierno del barco durante unos segundos, o dejar que ella fuera la que saltara. Todavía no se veía el vivero. Se dirigió a Lynn:

--- Ven. Toma la rueda. ¿Crees que puedes manejarlo cuando lleguemos? Yo saltaré a bordo con un cabo. Éstos son los mandos del motor. Tienes que ponerlos a cero, llevarlos hasta esta posición.

Lynn tomó la rueda. Las olas azotaban el costado de babor, y Lynn la soltó enseguida.

--- No puedo, no puedo controlarlo.

Andrés volvió a tomar la rueda. Hacía falta fuerza para mantener el rumbo, y se daba cuenta, pero le vino a la cabeza una ola de rabia hacia ella por su debilidad.

--- Entonces tendrás que saltar.

--- ¿Cómo?

--- Saltar, tú. Te vas a proa y coges un cabo que hay allí y cuando nos acerquemos a la plataforma saltas con el cabo.

--- ¿Adónde? ¿Con qué?,--- musitó Lynn con desesperación.

--- A la parte de delante, donde hay esa pequeña barandilla. El cabo es una cuerda. La coges y saltas desde allí.

Lynn no dijo nada, pero se puso de pie, a su lado. Entre la niebla, surgió la silueta de la plataforma con su caseta. No se escuchaba más que el ruido del mar y el viento que silbaba contra la cubierta. Con el fondo monótono del motor, Andrés sintió que ellos dos eran los únicos pobladores del mundo.

Lynn avanzó por un lateral de la camareta. El impermeable amarillo vibraba con el viento y las grandes botas azules oscuras dificultaban su avance. Dos veces estuvo a punto de caerse, pero las dos se incorporó y siguió avanzando hasta que llegó al balcón de proa. Cada vez estaban más cerca de la plataforma. Andrés quitó motores, y la Old Lady pareció frenarse en seco.

--- ¡Cuando estemos cerca saltas! --- gritó Andrés.

Lynn se volvió hacia él, sosteniendo el cabo de amarre en una de sus manos y sujetándose a la barandilla con la otra. Andrés casi no podía verla desde el puesto de mando. Veía su pelo alborotado al viento, y la mancha amarilla de su impermeable que, de vez en cuando, recibía un roción que parecía querer borrarla de la cubierta.

--- ¡No puedo, no puedo!, --- gritó Lynn.

Andrés quiso decirle "Aguanta", pero permaneció en silencio. Estaba demasiado ocupado manteniendo el control. La Old Lady seguía avanzando despacio. En ese momento, sintió una ola venir desde atrás que parecía querer empotrar el barco en la plataforma. Todo se sucedió muy rápido, con una cadencia que recordaría bien. La popa se levantó y él dió la reversa a tope para evitar el encontronazo con la plataforma. El barco reculó mientras la ola lo levantaba. Entonces, se escuchó un grito de Lynn y las piernas saltaron por la borda. Cuando miró de nuevo, la mancha amarilla de su impermeable había desaparecido de la cubierta.

Se seguían escuchando sus gritos, e incluso le pareció ver una mano asida a la barandilla del balcón de proa. Andrés empujó entonces la palanca de avance y Old Lady, con Lynn colgada por la proa, se abalanzó contra la plataforma, que crujió entre las olas. El bote resonó como si le hubieran dado un martillazo gigante. Se escucharon varios gritos más, que pronto se acallaron con el ruido del mar y del viento. El barco seguía junto a la plataforma, y Andrés volvió a dar marcha atrás para separarlo. Miró al agua buscando una sombra amarilla, pero no vio nada. Permaneció allí varios minutos, aguantando los golpes de mar y escudriñando el agua y el aire en busca de una señal de Lynn, pero no alcanzó a ver ni a escuchar

nada. Cuando estuvo tan oscuro que parecía de noche, puso rumbo hacia el embarcadero. Durante el trayecto, no cesó de imaginar a Lynn sumiéndose en el fondo del estuario como un ser blanco y amarillo, similar al del bolígrafo que había tenido entre las manos.

XIII

El inspector estaba sentado en su mesa, y no dejaba de fumar con movimientos lentos y pausados que enervaban a Andrés.

--- O sea que decidieron salir a pesar del tiempo.

--- Mi ayudante no estaba en condiciones de ir, y yo había prometido a mi mujer que la llevaría al criadero de los siluros. Esa misma mañana habíamos discutido por esa razón.

--- ¿Por esa?

--- ¿Insinúa algo?, --- Andrés se revolvió en la silla, incómodo.

--- Me limito a preguntarle. Es mi trabajo. Usted ha venido aquí a denunciar la muerte de su esposa, y debo tener todos los datos.

A Andrés no le gustó la palabra muerte. Pensó por un segundo en el bolígrafo. La luz gris de la mañana día entraba por la ventana situada a la espalda de la silla del inspector, y le habría gustado que hubiera podido dar la vuelta a la habitación, ponerla boca abajo, y hacer así que el inspector desapareciera igual que lo había hecho la mujer del bolígrafo.

--- La muerte no, su desaparición.

El inspector miró hacia la secretaria que transcribía la conversación.

--- ¿Muerte o desaparición, señorita Wesley?

La secretaria se ajustó las gafas y revisó la transcripción.

--- Dijo muerte, inspector.

El inspector, dejó que la ceniza cayera suavemente en un cenicero de cristal.

--- Está bien, su desaparición. Continuemos. Hábleme de su ayudante.

--- ¿Mi ayudante? Estaba totalmente borracho. Hablé por teléfono unas horas antes de partir. Cuando llegamos al barco, estaba dentro, borracho.

--- Y usted no lo llevó.

--- En esas condiciones habría sido un estorbo.

--- ¿Un estorbo?, --- el inspector volvió a encender un cigarrillo sin filtro que sacó de una cajetilla de Craven. Andrés siguió todos sus movimientos con la mirada --- ¿Para qué?

--- Para todo. Cuando Vernon está en ese estado, es mejor que se quede en tierra.

--- O sea que no era la primera vez.

--- Por supuesto que no.

--- Vernon ha declarado que le dijo que no saliera.

Andrés vio en esta afirmación una ventana para lo que quería decir.

--- Es cierto. Fue una imprudencia. Una imprudencia que nunca me perdonaré.

El inspector se tomó un respiro antes de seguir.

--- ¿Qué pasó después?

--- Cuando estábamos en el estuario, el tiempo empeoró.

--- Y aún así, usted siguió adelante.

--- Sí. Había ido antes días con similares condiciones...

--- Pero nunca antes con su mujer, una completa inexperta.

--- Ya le he dicho que había ido antes. Es fácil juzgarlo ahora.

La mueca que el inspector hizo al acabar su frase no le gustó a Andrés. Había algo de cinismo en él, de quien sabe algo o cree saberlo.

--- Se equivoca, señor Blanco, lo difícil es juzgarlo ahora.

--- Mi mujer ha desaparecido y probablemente esté muerta, como usted

mismo ha dicho antes. Me he quedado solo con mi hijo. ¿No merezco algo de compasión?

El inspector dejó el cigarrillo en el cenicero y se entretuvo mirándose las uñas.

--- Voy a hablar claro. Soy el primero que lamenta este accidente. Pero mi labor es simplemente investigar si ha sido un accidente. Usted es el único testigo, y la persona más cercana a la víctima. Siento que le resulte duro, pero no hay otra posibilidad.

--- Pero usted parece dudar de mí.

--- Yo dudo de todo el mundo, a veces incluso después de que me demuestren lo contrario. Y usted, señor Blanco, debe demostrármelo.

A Andrés le subió la sangre a la cabeza. No podía creer que el inspector le estuviera hablando así.

--- Creo que, en cualquier caso, el asunto es exactamente al revés. Soy biólogo marino, como sabe, pero alcanzo a saber que cualquier persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

--- Así es, ante la ley. Pero yo no soy la ley, en este caso. Soy alguien que busca la verdad, y que casi nunca la encuentra.

--- La verdad es que mi mujer cayó al agua mientras yo llevaba la rueda.

--- ¿Cuándo cayó?

--- Cuando estábamos junto a la plataforma. Ella estaba a proa preparada para saltar, con el cabo de amarre. Una ola nos empujó contra la plataforma. Yo dí marcha atrás, pero no pude evitar la colisión. Cuando pude controlar de nuevo la embarcación, Lynn no estaba en la cubierta.

--- O sea que no tuvo oportunidad de ayudarla.

--- No. De ninguna manera.

El inspector giró su silla y estuvo mirando a la ventana unos instantes. Luego se volvió hacia él.

--- Y entonces se volvió al embarcadero.

--- Sí.

--- Y denunció los hechos esa noche.

--- Así fue. Ya conté todos los detalles. Los puede verificar.

--- Ya lo he hecho, y todo encaja. --- El inspector volvió a mirarse las uñas--- Dígame, su mujer no tenía ningún seguro de vida, ¿verdad?

--- No. Es decir, hay una pequeña cantidad que recibiremos del banco, una póliza por valor de cinco mil libras que otorgan a todos los titulares de una cuenta en caso de muerte por accidente. Aparte de eso, no hay nada más.

--- ¿Se llevaban bien?

Andrés sintió por un momento un alivio al recordar la edad de Andy y pensar que no podía hablar. Que nadie podía hablar, incluido su padre, el hombre rubio del avión.

--- Si. Como una pareja normal.

--- Ahora, tendrá usted que ocuparse de su hijo.

--- Lo sé. Estoy preparado para ello.

La cara del inspector pareció relajarse. Se adelantó sobre la mesa y cruzó las manos.

--- En fin. Sabe que hasta que no encuentren el cuerpo, el caso no quedará cerrado. Al menos, por lo que a la ley respecta.

Andrés cruzó una pierna. Se sentía más relajado.

--- ¿Y por lo que respecta a usted?

Un momento de hieratismo pareció sacudir el cuerpo del inspector, como si todos sus músculos se hubieran tensado.

--- Yo soy otro cantar. En cualquier caso, lo importante es su conciencia.

* * *

Andrés salió del despacho con la sensación de que el inspector sospechaba algo, pero con la certeza de que no iba a encontrar nada. No le gustó, sin embargo, su última frase. Un asunto de conciencia.

¿Es que él la tenía? ¿Es que Lynn la había mostrado en vida? Esa noche, soñó con la mano de Lynn, una mano agarrada a la barandilla del balcón de proa, una mano crispada y tensa, una mano sin cuerpo.

Los días siguientes, los pasó ocupado en un sinfín de cosas. El funeral, la ceremonia en la universidad, la visita de los padres de ella, todo fueron ceremonias en las que mostraba una pena contenida verdadera, o al menos así lo creía él mismo. Y el cuidado de Andy. Realmente, su cuidado fue lo que le salvó de sucumbir a la ansiedad, al menos durante las dos primeras semanas, hasta que recibió una llamada para decirle que habían encontrado el cuerpo de Lynn.

Tuvo que ir a reconocerlo, y fue terrible tener que verla una vez más. Aún tenía puestos el impermeable y las botas. La cara estaba totalmente hinchada y desfigurada, y la mano derecha había desaparecido. Tan solo tenía la izquierda, de una blancura espectral.

Al cuerpo le hicieron la autopsia, y decretaron que la muerte había sido por ahogamiento. Hubo un juicio rápido, en el que tan solo compareció el inspector. El juez decidió que se trataba de un accidente, y Andrés no fue culpado ni siquiera de imprudencia temeraria, aunque tuvo que aguantar un discurso moral del juez reconviniéndole, de forma velada, por su actuación. A la salida, se le acercó el inspector y le estrechó la mano. Andrés esperaba que le dijera algunas palabras formales de felicitación o de despedida. Sin embargo, se limitó a decir:

--- Nos volveremos a ver.

Seis años después, la casa había tomado un olor y un sabor propios. Olores y sabores sin ruido, porque era la casa de los silencios. Andy había crecido en esos años. Se había convertido en un niño rubio y delgado, en todo diferente a su padre. Lo único que los unía era un silencio constante y denso, una relación hecha de hábitos y de costumbres pero cimentada en una falta total de comunicación. Aunque sabía que era prematuro, Andrés juzgaba que a Andy no le gustaba nada de lo que le gustaba a él. Odiaba los siluros, y tenía un pánico tremendo hacia su estudio, que veía como una cueva misteriosa y lúgubre, en la que no quería entrar a ninguna costa.

Andrés había quitado todas las fotos de Lynn de la casa, "para no regodearse en el dolor del recuerdo", había dicho alguna vez, y tan solo había huellas de ella en el dormitorio de Andy. De hecho, el cuarto era como un santuario dedicado a su madre muerta. Había fotos por todos lados, en las paredes, en su mesilla de noche, en su mesa de juegos y estudios. Como casi no tenían fotos juntos, Andy había elegido varias estampas de vírgenes con el niño Jesús, y las había colocado en los sitios principales de su cuarto. Insistía en que él era el niño y la virgen era su madre.

A Andrés, esto último le asombraba y dolía. Le parecía increíble que un niño, a los siete años, pudiera ejercer su elección de símbolos e imágenes de una forma tan acentuada. Además, le inquietaban las relaciones que esa imagen tenía. Era como si Andy mantuviera viva una relación en la que él no cabía de ninguna manera, en la que el padre era un dios generador apersonal, y en la que existía una base de sacrificio, dolor y abnegación.

Una vez intentó quitar las estampas de su cuarto, pero tuvo que

volver a ponerlas después de ver la reacción de Andy. Lo curioso era que el niño no hablaba de ello. Simplemente insistía en ponerlas, de una forma ciega e instintiva, lo que lo hacía más agresivo para Andrés. Creía ver en el mantenimiento y la adoración muda de las estampas un mensaje soterrado hacia él mismo: él estaba fuera, no existía, y la auténtica relación era otra, un lazo invisible pero indisoluble con una madre muerta a la que nunca había tratado siendo amo de su propia razón.

Andrés veía en ello la confirmación espiritual de su nacimiento biológico. De alguna misteriosa manera, por alguna oculta razón, Andy sabía, intuía, que Andrés no era su verdadero padre, y que la desaparición de su madre se debía a un sacrificio supremo. El niño era, de alguna forma, la prueba de su ignominia. Ignominia que tenía sus raíces en su propio victimismo inicial y en su comportamiento el día de la muerte de su mujer.

Durante esos años, Andrés pensó mucho en la naturaleza de la paternidad. Ser padre, se dijo, no era únicamente ser el padre biológico. Era mucho más, un cuidado y una atención constantes, la transferencia de una serie de conocimientos y sensibilidades que estaba por encima del mero lazo genético. Sin embargo, a pesar de haberselo dicho de forma que él mismo creía definitiva, notaba que debajo de ese pensamiento descansaba una sospecha diferente que se fortalecía con el trato diario: Andy era diferente, su mente era consciente de ello, y se lo hacía saber.

Estas diferencias se agudizaron cuando Andy cumplió ocho años. Lo que había sido silencio se convirtió en discusiones secas que, aunque no siempre, alcanzaban una violencia inesperada y difícil de aguantar. Andy tenía un carácter fuerte, independiente, y cuando

quería o no quería hacer algo se lo hacía saber de una forma tajante y expeditiva que no aceptaba ninguna alteración. Además, por esas fechas, Andy comenzó a frecuentar la compañía de amigos, todos escoceses, lo que sirvió tan solo para alejarlo más. Era una deriva sutil y leve, hecha de movimientos internos que los de fuera, los otros, no veían, pero que él sentía consciente de que Andy también lo hacía.

Un día, mientras desayunaban, Andy, le hizo una pregunta incómoda:

--- ¿Por qué hablas así?

--- ¿Cómo?

--- De esa forma tan rara, --- y Andy remedió su acento español al hablar inglés.

Andrés se puso rígido en la silla. Nunca le había gustado tener acento, y no le gustaba que su propio hijo se lo pusiera de manifiesto después de tantos años.

--- Yo no nací aquí, ya lo sabes, nací en España.

--- Y ¿dónde está España?

--- En el Sur.

--- ¿Y por qué no he ido nunca allí?

Andrés se quedó callado por un momento. Era cierto que nunca había llevado a su propio hijo a su país natal. Al principio, tras la

muerte de Lynn, le había resultado cómodo no tener que dar más explicaciones de los hechos a nadie, aparte de las pertinentes cartas. Después, se había convertido en un hábito, en una forma de vida. Estaba bien sin volver a España, a la que veía como un lugar seco y con demasiada luz. Temía, en sus fantasías, que la luz lo expusiera a los demás, que mostrara la fina película de temores y remordimientos que era su propia piel.

--- Estamos mejor aquí.

Con esta respuesta creyó dar por zanjado el asunto. Pero Andy continuó.

--- ¿Y cómo son los españoles?

Andy se quedó pensativo unos instantes, sin saber qué contestar.

--- ¿Son como tú?

--- ¿Cómo?

--- Oscuros.

Andrés permaneció en silencio, y solo dijo un "sí" que casi se perdió con el ruido de la silla al levantarse.

Vernon había desaparecido de su vida dos años tras el incidente del vivero. A partir de la muerte de Lynn había comenzado a distanciarse de forma progresiva, distanciamiento que el propio Andrés había fomentado. No se sentía cómodo con él, y se lo hacía ver continuamente. Vernon bebía cada vez más, y muchos días, mientras él

se iba en el barco, Vernon se quedaba en tierra, merodeando el muelle y diciéndole cosas incomprensibles en escocés. Sufrió, además, un deterioro físico grande. Había adelgazado mucho, y parecía no comer nunca. A los dos años, un buen día, dejó de dar señales de vida y nunca volvió a saber de él. La universidad no lo había sustituido porque él no lo había declarado. Prefería seguir solo.

Durante un tiempo, formó a una de sus ayudantes, Cynthia Thorn, una alumna ambiciosa, en las labores del criadero. Cynthia era morena y menuda, de origen galés, y pronto se desarrolló mejor que el propio Vernon con el gobierno de Old Lady. Quizás por el tiempo que pasaban juntos, acabaron teniendo una relación sentimental que se alargó en el tiempo pero que acabó muriendo por desidia de los dos, pero sobre todo de Andrés. Éste se había quedado dolido, no por la carga afectiva de la relación en sí, sino por la sensación de fracaso que le siguió. No había sido un buen amante, su capacidad sexual era muy limitada, y ni siquiera había sido un guía espiritual o profesional. Tenía más bien la sensación de que era él el que había sido seducido y utilizado en una acción que como mucho había constituido una prueba de poder de Cynthia frente a las otras estudiantes.

Pero, seguramente, lo que más pesaba a Andrés era el fracaso del proyecto de los siluros. Tanto con los siluros en cautividad como con los que estaban en el criadero, en un estado de relativa libertad, no habían logrado resultados reseñables. Ningún siluro había llegado a nacer y, aunque los peces parecían vivir bien, la falta de fertilidad invalidaba las propuestas de su proyecto.

El profesor Connelly, con muy buena vista profesional, pensaba Andrés ahora, se había retirado del proyecto hacía más de un año,

alegando el inicio de un retiro de la investigación. Aspiraba a seguir siendo parte de la vida académica, pero desde posiciones más fronterizas. Este hecho, que en un principio había halagado a Andrés ya que era él quien le sucedía al mando del proyecto, se había convertido en una fuente de desánimo e inseguridad. Le quedaba hacer frente a los restos, a la ausencia de resultados, al finiquito de una larga ilusión.

A pesar del fracaso, el equipo había logrado mantener el proyecto gracias a repetidos artículos descriptivos, que habían sido acogidos con entusiasmo por los elementos más estrambóticos de la comunidad de biólogos marinos. El consejo de la universidad, una vez hecha la asignación inicial de las partidas presupuestarias, se había limitado a dejar que el dinosaurio siguiera su marcha, pero en la última reunión anual, con Andrés como cabeza del equipo, ya se habían alzado voces en contra de mantenerlo un año más.

Todo esto había conducido a Andrés a una situación extraña, un estanque turbio en el que no se reconocía a sí mismo. Con cuarenta años, se sentía confuso, indefenso e inútil, y tenía la sensación de que así era como había pasado los últimos diez años. Su vida había sido algo extraño, un afán por estudiar la reproducción de unos animales extraños, y un descuido total por la suya propia. La vida seguía su curso, encontraba sus cauces de avance, y solo él no lo hacía, o lo hacía de una manera que le parecía totalmente infructuosa. Tenía un buen trabajo, una casa bonita, un coche casi nuevo y todo lo que siempre había deseado, pero carecía de todo lo que no había deseado, al menos de forma consciente, pero había esperado que le hubiera sido otorgado en el camino. Su camino no le había dado nada, más que un secreto incomunicable y una mala conciencia.

Para colmo, a pesar de sus fracasos con la reproducción de los siluros, por el río corría el rumor de que los siluros estaban invadiendo la zona. Aparentemente, algunos pescadores los habían capturado, y enseguida culparon a su proyecto por la aparición de los peces. Para Andrés, todo ello no pasaba de ser una fantasía, pero lo cierto es que, de ser cierto, suponía el aldabonazo final a sus esperanzas profesionales. El desorden natural se había acabado imponiendo al orden y al rigor científico.

En estas circunstancias, hasta su estudio había dejado de ser su refugio. Los siluros nadaban en la penumbra de una habitación solitaria. Andrés prefería la compañía de Andy, pero solo para mantener un estado de beligerancia y execrarlo luego en privado. Se daba cuenta de que hacer eso con un niño era poco honroso, pero lo prefería al vacío que sentía en sí mismo, a la nada que le rodeaba.

En estas circunstancias, una tarde, tras una discusión con Andy por sus gustos musicales, el niño se enfadó y se levantó airado para salir de la habitación. Andrés parecía tener un placer malsano en llevarlo al límite, en hacerle daño con sus comentarios. Esa tarde, antes de salir de la habitación, Andy se volvió y con un tono lleno de autoridad y control le grito:

--- ¡Tú no eres mi padre!

--- ¿Cómo?, --- le respondió Andrés.

Andy volvió a repetir la frase, esta vez sin gritar, pero con más decisión, como si saliera de la experiencia de años.

--- No, tú no eres mi padre.

XV

El veintiuno de junio, un día de verano escocés, Andrés salió de casa temprano, como de costumbre, camino de la universidad. Andy dormía todavía en su cuarto, y como ya tenía vacaciones en el colegio sabía que se despertaría más tarde, sobre las diez. Tenía dos horas y media. Condujo su Rover hasta la gasolinera, donde él mismo llenó el depósito. Antes de ir a pagar, sacó del maletero un bidón de plástico de cinco litros y lo llenó también. Lo metió en el maletero y, tras pagar, compró en una máquina expendedor de tabaco una caja de cerillas. Después, en vez de tomar la dirección a la universidad, volvió hacia su casa. El sol brillaba en el cielo, junto a unas pequeñas nubes. Hizo el camino maquinalmente, disfrutando del calor que los rayos transmitían a través del parabrisas.

Al llegar a la casa, detuvo el coche en la entrada del garaje. Bajó y sacó el bidón del maletero. Lo abrió, y roció con la gasolina la entrada. Luego, sacó la caja de cerillas del bolsillo, encendió una y la arrojó al suelo. Las llamas comenzaron casi con una explosión que produjo una onda de calor que le llegó a la cara. Luego, caminó por el jardín hacia el ventanal del salón, y repitió la operación. En el piso de arriba, justo encima del ventanal, estaba la ventana del dormitorio de Andy, cerrada. Después, se alejó unos metros.

Las llamas no tardaron en invadirlo todo. La madera con la que estaba construida la estructura de la casa, así como los materiales sintéticos, se consumían con una rapidez increíble. A través de los cristales, podía ver el humo negro que se había formado en el

interior, y cómo iba saliendo por los resquicios formando columnas cónicas invertidas. En algún momento, le pareció oír una tos. Luego, nada más. Ni gritos, ni lamentos. En unos minutos, la casa era una pira roja y negra, y una columna de humo negro y denso subía en el horizonte. Las crepitaciones inundaban todo. Entonces se acordó del coche, y corrió hacia él. Cuando lo puso en marcha, varias pavesas ardían sobre la pintura del capó. Al dar marcha atrás, creyó oír varias explosiones sordas en el interior de la humareda.

En la carretera, se cruzó con un coche de bomberos que corría en dirección contraria, hacia su casa. Aminoró la marcha y, sobre la duna solitaria, vio elevarse la columna de humo negro. Llegó a la universidad minutos después. Se sentó en la mesa de su despacho, esperando a que sonara el teléfono. Mientras lo hacía, se entretuvo pintando peces en un papel con membrete de la universidad. Luego se llevó las manos a la nariz, y decidió ir al cuarto de baño para intentar quitarse el olor a humo y gasolina. Tras varios minutos, volvió a su despacho con la impresión de no haberlo logrado.

XVI

El inspector había engordado con los años, pero seguía fumando los mismos cigarrillos, Craven A sin filtro en cajetilla roja. Tras encender uno, lo miro con la misma sonrisa, similar al gesto afable de un vendedor de coches, pero con un fondo sarcástico demasiado evidente.

--- Le dije que volveríamos a vernos.

--- Y yo no le dije que no.

Andrés estaba relajado esta vez, con la seguridad de quien se siente invencible.

--- Esta vez todo va a ser diferente.

--- ¿Por qué?

--- ¿Me lo pregunta? Hay testigos de lo que hizo. Los empleados de la gasolinera. El fuego acabó con todo, pero los expertos saben que fue intencionado.

Andrés se sentía seguro, con la seguridad que le daba la locura de un secreto guardado demasiado tiempo.

--- ¿Y qué hay de malo en que una persona queme su propia casa?

--- Casi nada. Con la excepción de si uno lo hace con su hijo dentro.

--- En mi casa no había nadie.

--- Llama nadie al esqueleto de un niño de ocho o nueve años.

--- Yo no sabía que hubiera nadie.

--- ¿Y su hijo?

--- Mi hijo está en España, con su familia.

El inspector pareció incomodarse con la respuesta. Esta vez no estaba relajado, y la ceniza del cigarrillo cayó fuera del cenicero.

--- En cualquier caso, usted ha matado a un niño. Además, usted sabe que ese niño era su hijo. Dios sabrá las razones por las que lo ha hecho.

--- Cuando me enseñaron los restos, ya dije que no eran los de mi hijo. Y no hay nadie que pueda declarar lo contrario. En cuanto a que alguien muriera en el fuego, es un accidente. Yo no sabía que alguien se había colado allí.

--- ¿Colado? Como puede decir algo así.

--- Colado. Sería un extraño. Júzguenme por ello.

--- No se preocupe, le juzgarán. He ordenado que hagan las pruebas del ADN. Tiene que personarse hoy en el hospital para que le saquen sangre.

Andrés estaba esperando algo así. Sentía que, por fin, había llegado su liberación, después de tantos años.

--- Por supuesto que iré. Le repito que no es mi hijo. Soy y seré en todo momento el primero en colaborar con la justicia.

--- No lo ha hecho para indicar el paradero de su hijo.

--- Ni tengo que hacerlo. Le repito que el cadáver no es de mi hijo. Ignoro totalmente de quien se puede tratar. En cuanto a la casa, me haré cargo de las responsabilidades oportunas. Ya he hablado con mi seguro. Todo el mundo sabe que he pasado por un mal momento. Y cuando se esclarezca la identidad del muerto, indemnizaré a su familia.

El inspector pareció perder los nervios. Tras quemarse con la colilla, intentó apagarla en el cenicero de cristal, pero no logró más que quemarse más los dedos.

--- Me asombra su sangre fría. Pero esta vez, todo está en su contra. Sabe que la prueba del ADN no deja lugar a dudas. Además, se hará dos veces, para evitar posibles errores.

Andrés permaneció callado, mirándole fijamente a los ojos. Esta vez era él que sonreía con una mueca irónica.

--- Sé perfectamente cómo funciona. Esta misma tarde iré al hospital. Buenos días.

Andrés se levantó y salió del despacho sintiéndose más ligero. Se había liberado de un peso gigante, de un peso de siglos, de una opresión que había amenazado con hundirlo de forma irremediable hasta ese momento. Era paradójico que, ahora, su salvación viniera de la persona que con más ahinco le perseguía. La búsqueda de la verdad iba a sacar a la luz su propia verdad, iba a eliminar su sufrimiento de todos esos años, iba a limpiar una mancha antigua de la que solo ahora comprendía su significado y su verdadero sentido. Todo lo que había pasado iba, por fin a tomar todo su sentido. El hecho incomprensible que había sido su condena, la condena de su matrimonio y del simulacro de vida familiar se iba a ver sustituido por otro hecho incomprensible, solo que esta vez sería incomprensible para los demás, no para él. Él sabía lo que estaba ocurriendo y por qué. Para los demás, todo no sería más que un lío del que solo él tendría la clave. Antes de tomar el ascensor, pudo oír la voz del inspector.

--- Le llamaré cuando tenga los resultados.

Eso era lo que él quería escuchar.

XVII

Cuando le llamó el inspector, quedó con él en lo que había sido su casa. Quería ver los restos por última vez, para, de alguna forma, acabar con todos esos años. Al llegar, vio un coche de policía aparcado en la carretera. Lo que había sido su casa, era ahora unos restos calcinados con tres muros de ladrillo aún en pie. Parecía salir humo todavía de los trozos de madera, de las tuberías rotas, del suelo.

El inspector estaba de pie junto a uno de los muros. Andrés avanzó hacia él. En las paredes, encastrados, los acuarios se mantenían aún en pie. Los cristales de seguridad habían aguantado el fuego. El inspector estaba fumando, con una mano apoyada en uno de los pilares. No hizo ademán de caminar hacia él. Andrés miró las peceras, con la esperanza inconsciente de encontrar un huevo, solo uno. Los siluros se movían suavemente, como siempre, como si nada hubiera ocurrido. El inspector habló de soslayo, exhalando una bocanada de humo.

--- Are you Andrew Blanco?

Andrés no se molestó en responder. Se limitó a saborear la pronunciación de su nombre en inglés, algo que siempre le había gustado.

--- Mister Andrew Blanco, como le dije, han llegado los resultados de las pruebas del ADN del laboratorio.

Andrés sonrió levemente, por oír su nombre, y por el sonido de las tres letras. Esas tres letras eran para él una salvación, un salvavidas cuya pronunciación le hacía sentirse bien. El inspector se volvió hacia él, sacó un sobre de la americana y se lo dió.

Andrés, al tomarlo, vio que estaba abierto. Cuando lo leyó, la sombra de uno de los siluros, proyectada por el sol, bailó junto a sus pies y pasó sobre el papel. Dos policías comenzaron a avanzar hacia ellos. La voz del inspector se superpuso a su lectura.

--- Tiene derecho a llamar a su abogado. No tiene que decir nada en su contra, si no quiere hacerlo.

Los policías llegaron junto a él con unas esposas en las manos. Pero Andrés no quería soltar el papel ya que no podía creer lo que decía, que la prueba había sido positiva las dos veces que se había practicado. Por fin, el mismo inspector se lo arrancó de las manos. Sintió ganas de decir que había habido algún error, pero la frase se le ahogó en la garganta. Por supuesto que había habido un error, pero ¿dónde? Le pareció que las suelas de sus zapatos estaban empezando a arder. Entonces miró hacia abajo y, antes de que los policías lo empujaran hacia el coche, pudo ver la sombra del siluro deslizarse de nuevo junto a sus pies, como si nada nunca hubiera pasado.